

ROMANCERO  
DE  
**SANTA TERESA DE JESÚS**

OBRA ORIGINAL

DEL

R. P. Francisco Jiménez Campaña

Sacerdote de las Escuelas Pías de San Fernando.

---

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS



MADRID

EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»  
Paseo de San Vicente, núm. 20

1898



DG-CL  
A

ROMANCERO

DE

SANTA TERESA DE JESUS

CB.1132317  
t.105834



ROMANCERO  
DE  
**SANTA TERESA DE JESÚS**

OBRA ORIGINAL

DEL

R. P. Francisco Jiménez Campaña

Sacerdote de las Escuelas Pías de San Fernando.

---

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS



MADRID

EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

Paseo de San Vicente, núm. 20

1898



R. 84398

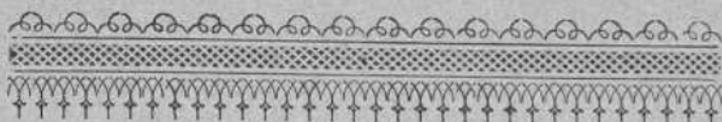
---

ES PROPIEDAD.

---







## Á GUISA DE PRÓLOGO

---

**P**ÍDESEME un prólogo para este romance-ro. ¡Ay! ¡Quién tuviera alas de poeta!..... Pero tengo para mí que el principal deseo es de que ostente el libro el sello de un Obispado tere-siano. Y yo accedo á estampársele con mil amo-res y mil razones.

¿No será digna la Reforma del Carmelo de ser celebrada como las hazañas inmortales de los héroes de la historia?

«Si es milagro—escribe el maestro León en el prólogo á las obras de la Santa—lo que viene fuera de lo que por orden natural acontece, hay en este hecho tantas cosas extraordinarias y nue-vas, que llamarle milagro es poco, porque es un ayuntamiento de muchos milagros.»

*Arma virumque cano*, comienza el gran poema de Virgilio..... Ejércitos y caudales son los carros triunfales en que la Victoria conduce á los héroes legendarios.

Teresa de Jesús, en vez de armas y ayudas, tiene el vacío y desamparo. Sabida es su graciosa frase de que para la primera fundación de varones contaba con *fraile y medio*.

Y sino, congregando lucido cortejo de personas, sumara poderosos recursos..... Pero oigámosla á ella: «Héla aquí una pobre monja descalza, sin ayuda de ninguna parte, sino del Señor, cargada de patentes y buenos deseos y sin ninguna posibilidad para ponerlo por obra, el ánimo no desfallecía ni la esperanza, que pues el Señor había dado lo uno, daría lo otro»..... Y más adelante: «Pues ya que tenía la licencia, no tenía casa ni blanca para comprarla; pues crédito para fiarme, en nada.» (*Libro de las Fundaciones*, capítulos II y III.)

Y si aislada y pobre todavía gozara de salud lozana y realce de atractivos..... Pero no; testigo es la misma Santa: «Jamás anduve sin algún género de padecer..... Lo ordinario es siempre dolores, con otras hartas enfermedades.» (Carta al P. Rodrigo Álvarez.)

La maravilla, no obstante, se obró: «Milagro

es que una mujer, y sola, haya reducido á perfección una Orden de mujeres y hombres. Y otro la grande perfección á que los redujo. Y otro, y tercero, el grandísimo crecimiento que ha venido en tan pocos años y de tan pequeños principios.....» (Prólogo citado del maestro León.)

¿Cuál fué el secreto de su fortaleza? El amor insuperable en todas las luchas, más fuerte que la victoriosa muerte.

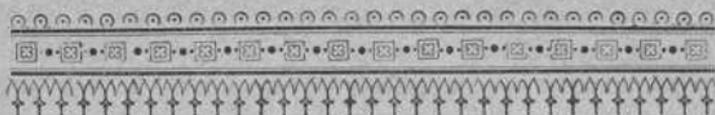
Teresa de Jesús poseía entendimiento peregrino y corazón amante: con ellos dió en el blanco de la dicha: todo espíritu, todo aliento, era el soplo de la divina gracia, era la conquista de los corazones.

Cantadla, pues, en versos heroicos y cancioneros populares: cantadla con la veneración y gracias de este libro; corran sus proezas de boca en boca; que el bendecido ambiente de España se embalsame de sus glorias, pues al invocar á Teresa, gritamos juntamente: ¡Viva la Religión y la Patria!

† Fr. Tomás, Obispo de Salamanca.

---





ROMANCERO  
DE  
SANTA TERESA DE JESÚS

---

Á ESPAÑA



H santa tierra española!  
Sobre ti llueven los cielos.  
Para los males del mundo  
Á torrentes los remedios.  
Que no sólo nacen flores  
En tus valles pintorescos,  
Y llevan oro tus ríos  
Y hay en tus selvas jilgueros,  
Sino pechos encendidos  
Como el sol de tu hemisferio,  
Que va dando luz y vida  
Con su esplendoroso fuego.

Tú eres almena enriscada  
Que no desmorona el tiempo,  
Donde se atalaya el campo  
De las huestes del infierno;  
Y opones á su embestida  
En la campaña guerreros  
Y en la licencia el cilicio  
De tus santos monasterios.  
Cuando pierden la derrota  
Y van náufragos los pueblos  
Por el mar de las desdichas,  
Madre España, tú eres puerto.  
De tus sagradas montañas  
Rueda de atajo en sendero  
La piedra que hace pedazos  
La estatua de los soberbios;  
Y la ola embravecida  
Que toca en el firmamento,  
Y con los brazos gigantes  
Llena los mares de miedo,  
Depuesta audaz arrogancia,  
Como sencillo cordero  
Que lame al pastor las manos,  
Da en tus pies humilde beso.  
Con la risa de tus vates  
Vales tanto como Homero;  
Que si él valió por su llanto,

Tú alcanzas fama riendo.  
Á los rayos de la espada  
Que esgrimen tus caballeros,  
En cenizas se convierten  
Los ídolos más enhiestos;  
Y se hunden en las sombras,  
Maldecidos por espectros,  
Los sacrificios humanos,  
Baldón del humano género.  
En vano quiere la noche  
Que se dilate su imperio  
De dudas y de herejías  
Por el continente viejo;  
Porque sus densas tinieblas,  
Como bandada de cuervos  
Se deshacen perseguidas  
Por tus águilas en Trento.  
En vano el claustro abandona  
Y el santo sayal Lutero,  
Y abre con mano perjura  
La puerta á los monasterios,  
Para que dejen sus nidos  
Por otros nidos de cieno  
Sus castísimas palomas,  
Que amor sólo en Dios pusieron;  
Porque tu virgen de Ávila  
Orlará el monte de huertos

Con la fuente de aguas vivas  
Que le dé continuo riego;  
Para que vayan las almas,  
Las níveas alas abriendo,  
A esconderse entre los lirios  
Y las rosas del Carmelo.  
Cuando el mundo, madre España,  
Era tu humilde pechero,  
Y tu castellana lengua  
Tuvo más ricos acentos;  
Dando al aire tus pendones,  
Diste vuelta al mundo entero,  
Cantando desde tu nave  
Himno de amor al Eterno.  
Y cuando tuyo fué todo,  
Mares, tierras, aire, pueblos,  
Y todo llevó tu escudo;  
Y á tu solio pagó feudo  
Desde el pez que el mar navega  
Hasta la reina del viento,  
Desde la yegua del árabe  
Hasta el león del desierto;  
Alzó tu amor un *castillo*  
Con *siete moradas* dentro,  
Y en la última lanzaste  
Escala audaz á los cielos;  
Y sin velar tus pupilas

Ante aquel radiante espejo,  
Sino de nuevos amores  
Más hambre y más sed sintiendo,  
El Príncipe de la gloria  
En tus brazos quedó preso  
Y á aquellas torres oscuras  
Lo trajiste prisionero.

Déjame, pues, madre España,  
Que cante los altos hechos  
De la castellana insigne  
Que, sin soberbia y sin miedo,  
Ganó para ti batallas  
Más que el mar alza lamentos  
Y más que marchitas hojas  
Arranca á la selva el cierzo.  
Porque como tú las leas  
Y bendigas á los cielos,  
Que tal hija te donaron,  
Yo no ambiciono otro premio.

---





I

EN BUSCA DEL MARTIRIO

**M**ÁS bella que los luceros  
Que á la zaga deja el alba,  
Determinada en la huída  
Y sin miedos en la cara,  
Sale una infantil pareja  
Por la puerta del Adaja,  
Mientras despierta del sueño,  
Desperezándose Ávila.  
De siete abriles la niña,  
Mas de apostura bizarra,  
Un corazón de héroe lleva  
Cautivo en redes de gracias.  
Y aunque más pequeña, guía  
En la resuelta jornada  
Á su hermano, que le sigue

Como al campeón sus lanzas.  
Río abajo la pareja  
Va, sin escuchar las aguas  
Sonoras y bulliciosas,  
Ni entender sus alabanzas,  
Como quien dentro del pecho  
Oye otras dulces palabras  
Que con divina armonía  
Al heroísmo la arrastran.  
Y no repara en el soto,  
Donde aun la noche acobarda,  
Ni en las húmedas arenas,  
Ni en la playa solitaria.  
Como á un tiro de venablo  
Quedaba el puente á la espalda,  
Y creyéndose muy lejos  
Ya de la paterna casa  
Y sin traidores testigos,  
Rompe la niña esta plática,  
Sin que á sus pies corredores  
Den tregua sus nobles ansias:  
— ¿No te cansarás, Rodrigo?  
— ¿No te rendirás, hermana?  
— Ya ves cómo voy delante,  
Porque mi fe no desmaya.  
Esto es subir á los cielos,  
Y no es muy luenga la escala.

En cuanto los cuerpos mueran,  
Verás cuál vuelan las almas.  
De la sangre de los mártires  
Que por Cristo se derrama  
Dicen los libros piadosos  
Que nacen hermosas alas;  
Y luego, hermano Rodrigo,  
Que á los dos alas nos nazcan,  
De un vuelo súbito al cielo  
Y de otro á la Virgen santa.  
¡Oh qué dicha para siempre!  
— Para siempre sin mudanza.  
¡Oh qué día todo claro,  
Sin ayer y sin mañana!  
— Y todo cuesta una vida,  
Que á un débil soplo se apaga;  
Una vida que hoy empieza  
Y por la tarde se acaba.  
Anda, hermano, que aún nos queda;  
Hermano Rodrigo, anda.  
— Ya te sigo.  
— Voy de vuelo.  
— ¿Tienes plumas?  
— Tengo alas.  
— Alas tienes con que vuelas,  
Como palomica blanca.  
— Tengo sed y hambre de cielo,

Y vuelan mis esperanzas.  
—¿Y la rabia de los moros?  
¿Y sus corvas cimitarras?  
—Romperán las ligaduras  
Que á este destierro nos atan.  
—¿Y la herida donde brote  
La sangre de tu garganta?  
¿Y tus ojos moribundos?  
¿Y tu rostro?..... Mira, hermana,  
Torna tú y muera yo solo:  
Para ti mi sangre basta.  
—No me abrases, no me halagues,  
Ni me estorbes con tus lágrimas  
El camino de los cielos;  
Gane yo sola mi palma;  
Que aunque tu sangre vertida  
Puerta en el cielo me abra,  
No quiero el cielo de balde,  
Ni victoria sin batalla.  
¿Tú en pelea con la muerte  
Y yo en la almena encerrada?  
¿Tú herido y yo sin heridas?  
¿Tú feneciendo y yo salva?  
¿Tú volando por los aires  
Y yo en la tierra sin alas?  
¿Tú en la patria de los cielos  
Y yo lejos de la patria?

¿Tú del infierno ya libre  
Y yo expuesta á ser esclava?  
Anda, que tú no me quieres.  
— Sí quiero, Teresa hermana;  
Anda, y con tu muerte muera  
Más que al filo de la espada. —  
Y en esta hondura engolfados  
Estaban ya de su plática,  
Cuando un brioso jinete  
En el camino les salta.  
Era un su deudo: á su vista  
Los niños pierden el habla,  
Como pájaros alegres  
Presos en ocultas mallas.  
Y él llevóselos cautivos  
Y tornólos á su casa,  
Toda puesta en alboroto,  
Porque muertos los juzgaban.

---





## II

### LAS ERMITAS

**M**IRA, Rodrigo hermano,  
Pues no vimos las costas  
Del África, que rinde  
Sus miedos á Mahoma;  
Y por amar á Cristo  
Las cimitarras corvas  
Con nuestra ardiente sangre  
No se tornaron rojas;  
Y aún nuestras pobres almas  
En el destierro moran,  
Sintiendo de la vida  
Las míseras congojas;  
En este verde huerto,  
En medio de las rosas,  
Que á solo Dios ofrecen

Sus más ricos aromas,  
Hagamos una ermita  
De piedra y secas hojas,  
En donde sin recelo  
Pensemos en la gloria.  
Que el mundo y sus cantares,  
Sus fiestas y sus pompas,  
Sus risas y sus juegos,  
Un bledo nos importan.  
Yo cambiaré el corpiño,  
El de las cintas rojas,  
Y mi albanega verde,  
Por las monjiles tocas.  
Tú la bandera y lanza,  
Con que á jugar te engolfas,  
Por esta cruz sencilla  
En el instante torna;  
Y en medio del silencio,  
Con solo Dios á solas,  
Seremos solitarios,  
Cantándole salmodias.  
¿Te place?

— Es mi deseo.

— Mis sueños son de rosa.

— ¡Oh qué soñar más rico!

— Pues manos á la obra.

Benditas son las piedras

Que santo asilo forman  
Á los que cielo aman  
Y escura tierra odian,  
Y sólo saber quieren  
Á Cristo que se inmola  
Y á su redil nos llama  
Desde la cruz del Gólgota.  
— Bendito el tosco muro  
Donde la paz se logra,  
Se agostan los placeres  
Y la virtud sazona.  
Él es escudo fuerte  
Y la acerada cota  
Donde se estrella el tiro  
De las contrarias hondas.  
— Benditas son las ramas  
Que la techumbre cóncava  
Concluyen de la ermita  
Y verdes la coronan.  
Ellas, que fueron gala  
De Mayo con sus frondas,  
Y como el junco dóciles  
Á brisas juguetonas,  
Sirvieron de columpio,  
Cimbrándose graciosas,  
Y oyeron de los pájaros  
La enamorada trova;

Escuchen de estos niños  
Las plañideras notas  
Con que á los cielos cantan  
Y penitentes lloran.  
Perdón, aves y brisas;  
Perdeís la casa propia;  
Mas no os voléis del huerto  
Por otras verdes copas.  
Aun quedan aquí ramas;  
Mezclad vuestras estrofas  
Con nuestras dulces cántigas,  
Y al cielo vayan todas.  
Ya se acabó la ermita.  
— Queda la torre ahora.  
— ¿La torre?

— Y la campana

Que llama y que pregona  
Las fiestas de los templos  
Con lengua sonora,  
Y canta del soldado  
Las ínclitas victorias;  
Y luego por los muertos  
De la batalla dobla,  
Y pide una plegaria  
Á la patria piadosa  
Por la nave que el rumbo  
Dirige á indianas costas.

—¡Vaya! mi buen Rodrigo,  
Te sales de la concha.  
Los santos solitarios,  
Que los desiertos moran  
No tienen otras torres  
Que las peladas rocas;  
Ni gustan de campanas  
Que anuncien sus salmodias.  
Tú del sayal del monje  
Muy luego te despojas,  
Y escuchas del combate  
La belicosa trompa.

Mas ¡ay Dios! que el convento  
Se vuelca y desmorona.  
— Ya son tristes ruinas  
Sus muros y sus bóvedas.  
— ¡Oh santas ilusiones,  
Qué pronto se deshojan!  
Mi celda por el suelo,  
Desdicha es que me ahoga.  
Salid, lágrimas tristes,  
En apenadas ondas;  
Llevadse de mi pecho  
La dicha con vosotras.  
Corred por mis mejillas,  
Que hay en mi alma sombras  
De nubes de pesares,

Que vienen y se agolpan.  
Dios mi oración no escucha,  
Ni quiere los aromas  
Con que le brinda el alma,  
Al desplegar sus hojas.  
Niña debo ser mala,  
Y malas son mis obras;  
Pues Dios no me consiente  
Vivir con Él á solas.  
— Crece, hermana Teresa,  
Y deja la congoja:  
Los muros sin cimientos  
Bien pronto se desploman.  
Crece en virtud y en años,  
Huyendo de lisonjas,  
Y los que son hoy juegos,  
Mañana serán glorias.

---



### III

#### EN LA MUERTE DE SU MADRE

**D**ESPRENDIDA la albanega  
De sus hermosos cabellos,  
Que la caen por la espalda  
Como cascada de ébano;  
Rojos de llorar los ojos,  
Y amarillo y descompuesto  
El rostro, donde las rosas  
Sus colores aprendieron;  
Y ahogando gritos del alma  
Y sollozos dentro el pecho,  
Sale Teresa dejando  
Muerta á su madre en el féretro.  
Y el pueblo, que numeroso  
Hinche la casa de duelo  
(Porque la ilustre finada

Dió de piedad alto ejemplo)  
Y pregona sus virtudes  
Con sus lágrimas y acentos;  
Sin poner coto á las lágrimas  
Ni obstáculo al clamoreo,  
Deja paso al dolor mudo,  
Da á Teresa campo abierto,  
Cual nube parda á la luna  
Por el campo de los cielos.  
Soledad busca la niña;  
Porque no hay mejor remedio  
Para los males del alma  
Que el cristiano pensamiento.  
Él huye en aladas penas  
Del bullicio y los lamentos,  
Y á solas con Dios se abisma  
Como el monje en el desierto.  
Por eso, mientras en hombros  
De sus cariñosos deudos  
Sacan á su madre muerta  
Y llora más recio el pueblo,  
Y se oyen de las campanas  
Los sonidos lastimeros,  
Y al sacerdote acercarse  
Con lento y fúnebre rezo;  
Teresa cae de rodillas  
Con el corazón deshecho

Ante un cuadro de la Virgen  
En apartado aposento;  
Y en ella puestos los ojos,  
Dé su orfandad pregoneros,  
Dijo con voces del alma,  
Casi mudas las del cuerpo:  
— ¡Madre de Dios, sé mi madre,  
Pues ya ves que otra no tengo,  
Ni ya sentirá mi rostro  
Dulce calor con sus besos!  
Pues ella se va contigo  
Á los goces de tu reino;  
Vén Tú conmigo á ayudarme  
En las penas del destierro.  
Yo soy un ave sin nido;  
Yo soy una flor sin riego;  
Que el nido lo hacen las madres,  
Y el riego son sus consejos.  
Caléntame el nido frío  
Con la lumbre de los cielos,  
Para que pueda dormirme  
Sin tener miedos ni ensueños.  
Riégame con tus palabras  
La flor que vive en mi pecho;  
Porque si Tú no la riegas,  
Sentiré el corazón seco.  
El camino de la vida

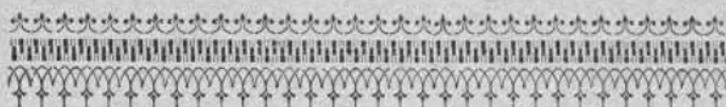
Tiene borrado el sendero;  
Llévame Tú de la mano,  
É iré segura de acierto.  
Por encima de las olas  
De mi pena, que es mar fiero,  
Como banda de delfines  
Asoman vagos recuerdos.  
Recuerdos de gratas horas  
En que escuchaba aquí dentro  
Vocessin són, ni palabras  
Que me hablaban en silencio,  
Y á subir me convidaban  
Por los riscos del Carmelo,  
Y á volar desde la cumbre  
Por nublados elementos;  
Y como esta voz secreta  
Tiene imán para mi pecho,  
Y sin temer los peligros  
La iré luego obedeciendo;  
Ayúdame, santa Virgen,  
Que si andar apenas puedo;  
¿Cómo podré por los aires  
Tender sin alas el vuelo?  
Sé Tú mi rumbo y mi estrella  
En estos mares desiertos;  
*Madre de Dios, sé mi madre,*  
*Pues ya ves que otra no tengo.—*

Calló la niña, y las lágrimas  
Por sus mejillas corriendo  
Como raudales de perlas,  
Continuaban el ruego.  
Y por la nube de llanto  
Que eclipsaba sus luceros,  
Miró la niña á la Virgen  
Tomar vago movimiento.  
Y allá en el fondo del alma  
Oyó los dulces arpegios  
De una voz que le decía,  
Mitigándole sus duelos:  
—En tus penas y caminos,  
En tu valor y en tus miedos,  
En medio de la tormenta  
Y de los días serenos,  
En tus soledades hondas,  
Por tenebrosos desiertos,  
Yo siempre seré tu Madre,  
Que te guía desde el cielo.

---







## IV

### HUIDA

**E**N las puertas del convento  
De la Encarnación de Ávila  
Recios golpes están dando,  
Y apenas asoma el alba.  
Pálido como la cera,  
Con mano trémula llama  
Un mancebo, en que se apoya  
Una doncella temprana.  
Parece que los persiguen  
Y que á la justicia escapan,  
Según se lastiman viendo  
Que aún no están las puertas francas.  
Y á cada golpe que suena,  
Es más viva su esperanza,  
Que nace y muere en un punto,

Y encrespa el vuelo y lo amansa.  
Y mientras atisba el mancebo,  
Mirando la encrucijada,  
Por ver si sus pasos siguen,  
Piensa así la triste dama:  
—Padre, no huyo tu cariño  
Ni austeridad de tu casa;  
Huyo los lazos del mundo  
Y sus pompas todas vanas.  
Y no es cobarde mi huída,  
Pues no huye la batalla  
Quien los regalos se deja  
Y se viste la coraza.  
Lloro tu ausencia: la muerte  
El corazón me desgarrá,  
Al salir de tus umbrales  
Y volverte las espaldas.  
Una á una van sonando  
En mi oído tus palabras;  
Una á una tus caricias  
Me vienen llamando ingrata.  
Ingrata no; pues no olvido,  
Ni mi pecho te desama,  
Ni es de roca dura y fría,  
Cuando de ti se separa.  
Como náufrago que lucha,  
Y al escapar de las aguas

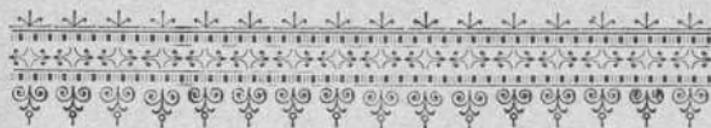
Se va dejando la vida  
Entre las ondas amargas;  
Así yo al huir tus brazos,  
Siento que me dejo el alma,  
Y siento el dolor, que el cuerpo  
Debe sufrir, al dejarla.  
Mas en la suprema angustia  
De esta tremenda batalla,  
Me separa de tu techo  
Una fuerza sobrehumana,  
Que me arroja á este cenobio  
Con el vigor con que arranca  
El cierzo la rama seca,  
Y hacia el torrente la arrastra.  
Á la zaga de mis pasos  
Yo siento los de tu planta,  
Y por miedo de tu rostro  
No quiero volver la cara.  
Pero ¿para qué la vuelvo,  
Si mis ojos ven tus ansias,  
Y tu furor venerable,  
Y tu congoja y tus lágrimas?  
Esculpida en estas puertas  
Miro tu imagen sagrada,  
Esperando ¡oh, Dios! romperse,  
Cuando las puertas se abran.  
¡No abrid! que este pensamiento

Me torna las fuerzas flacas,  
Y ya del puerto á la orilla  
Me vuelve á las ondas bravas;  
Y engolfándome en los mares,  
Hacia tus brazos me lanza,  
Que me esperan impacientes  
Por ceñirse á mi garganta.  
Pero detrás de tu imagen  
Vislumbro redes con mallas  
De risas y galanteos  
Y de joyas y de galas,  
Y donceles vanidosos,  
Que en señal de su mudanza  
Gastan sombreros con pluma,  
Y no quiero amor que acaba.  
Y ya tu imagen se vuela,  
Como el ave que se espanta  
De estas puertas, que al abrirse  
Ya no me abrirán el alma.—  
Estos pensamientos giran  
Por la mente de la dama,  
Su corazón lacerando,  
Como ronda de fantasmas.  
Y en tanto que se dispone  
El mozo, rota la calma,  
Á dar con todos sus ímpetus  
La postrer aldabonada:

Se abrieron las altas puertas,  
Como el cielo abre á las almas  
Que dejan del purgatorio  
Las cadenas y las llamas.  
Y en ventura convertida  
La ya insinuante rabia,  
Dijo el mancebo á las Madres,  
Que ya en el claustro aguardaban:  
—Doña Teresa Cepeda,  
Mi más cariñosa hermana,  
Por este santo convento  
El paterno hogar hoy cambia;  
Y no es sola, pues que el mundo  
Abandono esta mañana.—  
Y subiendo hasta los ojos  
El embozo de su capa,  
Mientras cerraban las conchas  
Á la perla de la gracia:  
Sintiéndose sin piloto,  
Alejado de la playa,  
Y sin estrella que guíe  
Por la mar sañuda y ancha,  
Tomó el rumbo de otro puerto  
Donde asegurar su barca.

---





V

VISIÓN DEL INFIERNO

**D**ÓNDE me llevas, Señor,  
Que todo se me escurece?  
Este no es campo de vida,  
Sino campo de la muerte.  
Aquí no respira el alma,  
Ni éste es arrebató alegre,  
Sino estupor que me ciega  
Y ruín pavor que me prende.  
Aunque Tú vienes conmigo,  
No me acompaña el deleite,  
Sino el terror de tus iras  
Y la pena de no verte.  
¿Dónde me llevas, mi Dios,  
Por este sendero agreste,  
Frío, obscuro, cobijado

De rocas que me entristecen?  
Mientras más ando, más miedo  
Y más fuego se suceden;  
Más lejos tu bondad miro  
Y tu justicia más fuerte.  
Siento que agoniza el alma,  
Que agoniza y no se muere,  
Y que se sigue muriendo,  
Sin que la muerte le llegue;  
Que en un nicho la sepultan,  
Cuyas estrechas paredes,  
Según la aprietan y ahogan,  
Paredes vivas parecen.  
¿Dónde estás, mi Dios, que llamo,  
Y á mis clamores no vienes;  
Que tengo sed, y estas aguas,  
Son fuego que más me encienden;  
Que tengo frío, y la lumbre  
Me hiela como la nieve;  
Que me abraso, y estos hielos  
Jamás refrescarme pueden?  
¡Oh qué angustias infinitas  
Que buscan que desespere;  
Pues como no tienen fin,  
Atormentan para siempre!  
¿Para siempre en estas llamas  
Y lago de horrendos peces?

¿Para siempre sin tus ojos,  
Que la noche en día vuelven?  
¿Dónde estás? Alzaste el vuelo  
Al compás que el alma inerme  
Caía en estos abismos  
De lóbregas estrecheces;  
Y ya ni veo las huellas  
Que dejas cuando te pierdes,  
Y sólo de tu justicia  
Negros ministros me prenden.  
Desesperación me ronda  
Y dolores me acometen,  
Y me aprisionan y arrastran,  
Y me atormentan y hieren,  
Sin piedad de mi desdicha  
Y creciendo como crecen,  
Cuando ruge la tormenta,  
Los desbordados torrentes.  
Mi amor se ha tornado hielo,  
Y ya palabras no tiene  
Generosas, y en injurias  
Romper su mutismo quiere.  
El odio se va acercando  
Como la pena más fuerte,  
Como pantera agachada  
Para dar el salto aleve.  
Ya se eriza; ya en mi daño,

Sin entrañas complaciéndose,  
La despeluznada cola  
La vez postrimera mueve.  
Ya con un sordo rugido  
Y con los ojos ardientes  
Va á saltar; ya por los aires  
Á llevarse mi amor viene.  
Puesto que aquí no se ama,  
Sin duda el infierno es éste.  
¡Jesús! Oye que te llamo.  
¿Dónde estás?

—Contigo siempre.—

Dijo el Señor; y Teresa  
Temblando toda en sí vuelve,  
Como los difuntos pálida  
Y con sudores de muerte.  
—Sin duda estabas conmigo,  
Dijo, pues así me quieres;  
Que enseñándome el infierno  
Estorbas que me condene.  
Lleváranme mis pecados,  
Si tus piadosas mercedes  
No fueran tan compasivas,  
Con mostrarse tan crueles.  
¡Oh Dueño y Señor del alma:  
Bendígate tantas veces  
Cuantas allí los precitos

Te maldicen y escarnecen!  
¡No amarte! ¡Oh pena terrible!  
¡No amarte! ¡Oh dolor que envuelve  
Más dolores que los mares  
Granos de arena contienen!  
Amante, ¡oh mi Dios! los cielos;  
Ámante todos los seres,  
Y esta hormiga de tus eras,  
Aunque amarte no merece.  
Deja, Señor, que te ame,  
Cumpliendo tus santas leyes,  
Y que esta gota de agua  
Tu clara luz reverbere.  
Deja á este ruin gusano  
Que á Ti los ojos eleve,  
Pues tuya es la verde hoja  
Donde se anida y mantiene.  
Deja al polvo que te ame;  
Que hollar de tus pies se deje;  
Y que al barruntar tu huella,  
Hollado tus plantas bese.  
Que Tú por mí das la vida,  
Y abiertos los brazos tienes,  
Para que á tus brazos vayan  
Los ingratos que te ofenden.  
¿Tú muerto de amor por mí  
Y yo como roca inerte?

¿Yo distraída y Tú dando  
Tu sangre por mis desdenes?  
¡Oh, Señor! deja á mi mano  
Que castigue al delincuente,  
Y que con áspera vida  
De mi ingratitud te vengue.  
Pues me diste en el infierno  
Á gustar por tiempo breve  
Las penas con que castigas,  
Deja que de ellas me acuerde;  
Y que dé voces y avisos  
Con la vida penitente  
Al mundo, impulsado hoy  
Por luteranos herejes;  
Y pon, Señor, en mis gritos  
La gracia que al alma hiere,  
Porque dejen el sendero  
En donde tantos se pierden.

---



## VI

### EN LONTANANZA

**C**ON vislumbres en el alma  
De lo que en el cielo ha visto,  
Mientras á despierto sueño  
Se entregaban sus sentidos;  
Con nostalgia de la patria  
Donde el goce es infinito,  
Y amor es amor sereno  
Sin congojas ni delirios;  
Y con recuerdos medrosos  
Del infierno y sus castigos,  
Bajando y subiendo inquieta  
Del negro al glorioso abismo,  
Teresa estaba pensando  
Que son ladrones los vicios,  
Que quitan almas al cielo

Con las manos del delito.  
Y amargada de las culpas  
Con que Dios es ofendido,  
Ardiendo en celo de amores,  
Poníase á su servicio.  
La estrechez de su convento  
Juzgaba vida del siglo  
Con regalo, y el regalo  
Érale horrible cilicio.  
Y entonces, como en los mares,  
En medio del torbellino  
De la tempestad, el barco  
Ve de pronto el puerto amigo;-  
En los senos de su alma,  
Huerto lleno de rocío,  
Alzóse un convento pobre  
Entre azucenas y lirios.  
Allí la mesa es escasa  
Y muy luengo el sacrificio;  
El dormir, sueño de burlas,  
Y veras velar continuo.  
Para seguir sus antojos  
Está muerto el albedrío;  
Pero en alas de obediencia  
Volando á Dios, vuela vivo.  
La oración es un espejo  
De vaho y de manchas limpio,

Y como al alma retrata,  
Es siempre el mejor amigo.  
De Dios es toda la vida  
Y toda está á su servicio,  
Y amando vive el amor  
De las esposas de Cristo.  
Y aunque ésta es vida tan pobre,  
Es tan rico su destino,  
Que la circunda de aromas  
De azucenas y de lirios.  
¡Oh! ¡qué de veras la llama  
Este anhelado retiro,  
Que es ensueño de sus sueños  
Y de su mente deliquio!  
Y en esta vaga ilusión  
De rayos dulces y tibios  
Reanimóse su esperanza  
Con poderoso incentivo:  
Pues con pena de su alma  
Llegó á sus castos oídos  
Cuánto á su Dios offendían  
Los luteranos precitos.  
Y deshechas sus entrañas  
Y sus ojos hechos ríos,  
Con lágrimas y con sangre  
Borrar quiere esos delitos.  
Y tornando á sus ensueños,

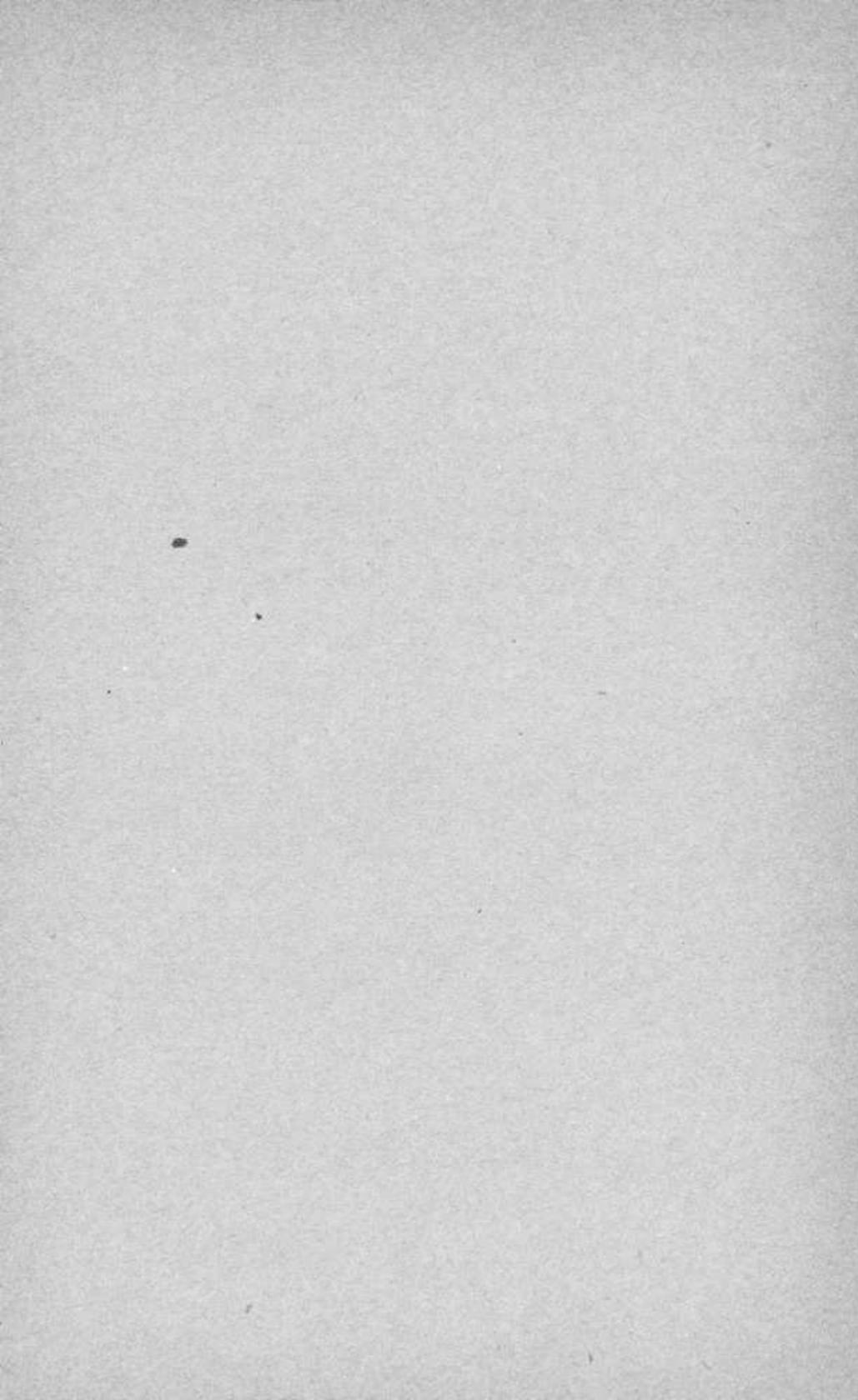
Como el pájaro á su nido,  
Se ve sola, triste barco  
En medio del mar bravío.  
Entonces sonó en su alma  
La voz de Dios infinito,  
Como en la acordada lira  
Cae el vibrador martillo,  
*Mandándole levantar (1)*  
*Aquel regalado asilo,*  
*Realidad de su esperanza*  
*Y puerto de amor divino;*  
*Que el nombre de San José*  
*Llevase por claro título,*  
*Porque el santo Patriarca*  
*Velaría aquel castillo*  
*Por una puerta, y por otra*  
*La Virgen daría auxilio,*  
*Mientras á todas alentando*  
*Estaría el Amor mismo;*  
*Que esto de su parte hablase*  
*Á los guías de su espíritu,*  
*Pues ha de ser el convento*  
*Estrella de hermoso brillo.*  
Calló el Señor, y Teresa,

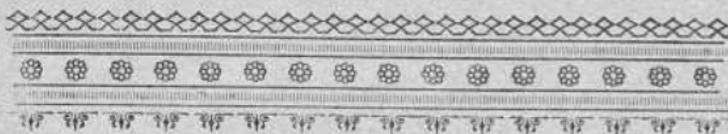
---

(1) Palabras textuales de Nuestro Señor á la Santa.

Llena de nervioso brío,  
Sola en medio de recelos,  
De dudas y desatinos,  
Y despego de los hombres,  
Que á Dios tienen amor tibio,  
Echó su barco á las olas,  
Puso proa al mar altivo;  
Y engolfándose en su anchura,  
Sin miedo al instable abismo,  
Como Colón por un mundo,  
Bogó audaz por su retiro.

---





## VII

### EN SANTO DOMINGO DE ÁVILA

**A**Y! ¡cómo en este templo  
Amargas me acongojan  
De mis dementes días  
Las miserables memorias!  
¡Cómo del alma surgen  
Cual nubes tenebrosas,  
Y el sol se me convierte  
En temerosa sombra!  
¡Cuánto lloré de ofensas  
Y ruindades locas,  
Á los Guzmanes sacros  
Bajo estas santas bóvedas! (1)

---

(1) Sucedieron los hechos aquí referidos en Avila, en una iglesia de un monasterio de la Orden de Santo Domingo.

Ay! ¡cómo, dulce Dueño,  
Tornaba yo en derrota  
Las bien aparejadas  
Y fáciles victorias!  
¡Cómo á tu agudo silbo  
Estaba yo tan sorda,  
Y ciega ante la sangre  
Que de tus llagas brota!  
¡Cómo te desamaba,  
Amor que me aprisionas  
Con lazos de requiebros  
Que abrasan y enamoran!  
Mas ¿dónde me arrebatas,  
Cual viento á seca hoja,  
Y á qué mar ignorado  
Me llevas y me engolfas?  
Con manos invisibles  
Me vistes blancas ropas,  
Que ultrajan á la nieve  
Que el Líbano corona,  
Y todos mis pecados  
Se van de la memoria,  
Pues con aquella nieve  
Del corazón se borran.  
Así de pardas nubes  
La luna esplendorosa  
Los altos cielos limpia,

Y alégrese la atmósfera.  
Mas ¿quién así á un gusano  
Con tanta gala adorna,  
Que hieren sus sentidos  
Las dichas de la gloria?  
¡Oh dignación sublime  
De mi Madre y Señora,  
Que en tan ruin criatura  
Mercedes amontona!  
¿No era bastante gracia  
Ceñirme tales ropas,  
Que ver tu hermoso rostro  
Mis pobres ojos logran?  
¡Oh, celeste hermosura,  
De la que aquí no hay copia,  
Pues son borrón los astros  
Y miseras las rosas!  
Tu rostro es, santa Virgen,  
De niña encantadora;  
Mas no te diré niña,  
Siendo mi Madre propia.  
Tus voces me regalan  
Con habla tan canora,  
Que es tedio y disparate  
El canto de la alondra.  
También contigo viene,  
Para mayores honras,

Tu Esposo, á cuyo aspecto  
Mi corazón se postra;  
Pues Él siempre me acude  
Con mano generosa,  
Y en santas alegrías  
Mis desventuras torna.  
De estar á su servicio  
Muy más me huelgo ahora;  
Pues tanto te complace  
Que esté en servirlo pronta.  
Y sé que mis intentos  
Serán cumplida obra  
Que nunca tendrá quiebra  
Por defendida y sólida;  
Que de sus pobres claustros  
Disipará las sombras  
Jesús, andando siempre  
Benigno con nosotras;  
Que no he de temer nunca  
Las tempestades hórridas;  
Pues sí Luzbel las arma,  
Jesús la aprisiona;  
Pues son rayos y vientos  
Y despeñadas ondas  
Soldados de sus huestes,  
Y á El sólo se acomodan.  
Bien claro se ve, Madre,

Que eres regia Señora,  
Pues echas á mi cuello  
Tan esplendente joya.  
Tu faz le lleva sólo  
Ventajas por hermosa;  
Que el oro de la tierra  
Es á su lado escoria.  
Mas ya te vas al cielo,  
Y arrástrasme de forma  
Que soy inerme oveja  
Que el águila aprisiona.  
Mientras en blanca nube  
Despacio te remontas,  
Cercándote de ángeles  
Innumerables tropas,  
Y con tu casto Esposo  
Te pierdes en la atmósfera,  
Como tras de los montes  
Bandadas de palomas;  
Me dejas en el alma  
Reliquias de tu gloria,  
Y quédome en el mundo  
Desatinada y sola.  
Pero con tales ímpetus  
A la batalla pronta,  
Que nueva Judit fuera  
Contra esta Babilonia.—

En estas mudas pláticas  
Con la Virgen gloriosa  
Y su benigno Esposo  
Teresa andaba absorta.

---



## VIII

### RESURRECCIÓN

**D**ANDO gritos y gemidos,  
Que ponen de pie el cabello,  
Con el suyo desgredado  
Y el vestido descompuesto,  
Por las obras que se alzan  
Para el primer monasterio  
Donde encuentren santo albergue  
Las vírgenes del Carmelo,  
Doña Juana de Cepeda  
Viene los aires rompiendo;  
Pues al derrumbarse un muro,  
Matóle un hijo pequeño.  
Y sentada en las ruinas  
Y escondiendo al niño muerto,  
Teresa llora la muerte

Que ensangrienta su convento.  
Mira loca por la pena  
Á su hermana, y siente yerto  
Desplomado en sus rodillas  
Al gracioso pequeñuelo,  
Como un capullo tronchado  
Por los rigores del cierzo,  
Cuando á las auras del día  
Tiene el cáliz medio abierto.  
Y como es su sangre, olas  
Siente de sangre en el pecho,  
Que se levantan audaces  
Amagando su cerebro.  
En mal hora, que no en buena,  
Dió aquellas obras comienzo;  
Porque no es señal de vida  
Servir la muerte de empiezo.  
Tremenda es la tempestad  
Que la tiene en desconcierto;  
Pues mira roto su barco,  
El mar en olas hirviendo,  
Las velas llenas de sangre,  
Cerrado y medroso el puerto  
Del corazón de su hermana (1),

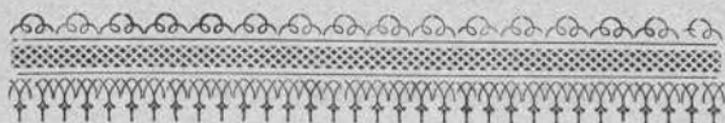
---

(1) Su hermana Doña Juana de Cepeda costeaba las obras de este primer convento, que se había de llamar de San José.

Y encapotados los cielos.  
Bravo el vendaval arrecia  
Con los gemidos sin cuento  
Que da su hermana luchando  
Por abrazarse al pequeño.  
Y aunque son mudos gemidos  
Que nacen del sentimiento,  
Á Teresa le parece  
Que le recrimina en ellos.  
Y como el piloto náufrago  
En medio del mar soberbio  
Llama á Dios que le dé ayuda  
Por salvar sus marineros;  
Teresa bajó la frente  
Sobre el cadáver sangriento,  
Juntó el rostro con su rostro,  
Apartándole el cabello;  
Y aunque sus labios callaban  
Como los labios del muerto,  
Al cielo voló su espíritu  
En alas de amor, que es fuego.  
Y postrada en la presencia  
De su soberano Dueño,  
Desatóse en tal torrente  
De suspiros y de ruegos,  
Que Dios le otorgó benigno  
La vida del pequeñuelo.

Y ella, cual veloz alondra  
Que vuela al nido hechicero,  
Trayendo vida en el pico  
Para sus hijos hambrientos;  
Besando al niño en la boca,  
Dióle la vida en un beso.  
Moviése el niño al instante,  
Cual despertando de un sueño;  
Y acariciando á Teresa  
Con agradecido acento,  
Levantó su lindo rostro,  
Y tras el rostro su cuerpo,  
Y saltando del regazo  
Como festivo cordero,  
Entre lágrimas y gritos  
Pregoneros del portento,  
Corrió á dar vida á su madre,  
Abrazándosele al cuello.

---



## IX

### LA TRANSVERBERACIÓN

**E**N cenobítica celda,  
Donde el día se adormece,  
Para que la luz del cielo  
En sus sombras alboree;  
Cubierta de blancas tocas,  
Que todo el cuerpo la envuelven,  
Y alzando en ellas las manos  
Como dos alas de nieve,  
À solas y sin testigo,  
Enamorada y doliente,  
De esta guisa habla Teresa  
Con Jesús, Rey de los reyes:  
—Loca de amor debo estar,  
Pues ya nada me divierte,  
Y desatino cantando,  
Y lloro penas, alegre.

Con tus ojos me has herido,  
Me has herido de tal suerte,  
Que son, Dueño de mi alma,  
Mis propias llagas deleite.  
Vivo y no vivo, pues muero;  
Mas es tan dulce esta muerte,  
Que moriré de congoja,  
Si Tú á la vida me vuelves.  
Mas yo quiero morir más;  
Que cuanto el pecho más muere,  
Más cerca estoy de la vida  
Y más amores me encienden.  
Soy cautiva entre cadenas,  
Que con rosas entretejes,  
En noche oscura, que aclara  
Cuando vienes y amanece.  
Mas estos dulces favores  
Más mis dichas entristecen,  
Y no quiero más auroras,  
Sino en día pleno verte.  
¿No observas que voy á Ti  
Como en ondas de un torrente,  
Y que á vista de la mar  
En remolino me prendes?  
Y en este vértigo loco  
Que á Ti me acerca y me vuelve,  
Que en sus giros me levanta

Y en sus giros me sumerge,  
¿Qué hago yo, ¡pobre de mí!,  
Si la razón se me pierde,  
Sino hablarte desatinos,  
Pues no sufro tus desdenes?  
Perdona á la vil hormiga,  
Que arrastrarse apenas puede,  
Si tanto el vuelo levanta,  
Que al sol á llegar se atreve.  
Escoria debo aún tener,  
Pues en el crisol me tienes;  
Mas á quien miran tus ojos  
Todo en oro lo convierten.  
Todo hacia Ti me levanta,  
Nada á la tierra me impele;  
Corte ya mis ligaduras  
La audaz segur de la muerte;  
É iré á Ti, cual cierva herida  
Á las aguas de la fuente,  
Á gustar tus dulcedumbres  
En un eterno deleite.  
¿Cómo me quejo y no escuchas?  
¿Cómo lloro y no me atiendes,  
Y no vienes á llevarte  
Lo que robado me tienes?  
Aves, que por Él cantáis;  
Rosal, que por Él floreces;

Arroyuelo, que te quejas  
Cuando tus pasos detienen;  
Decidle que peno y muero;  
Y pues me tiene en sus redes,  
Que ya no sé lo que espera,  
Si en sus brazos no me prende.  
Piedra, que al abismo vas  
Más veloz cuanto más hiendes;  
Río que corres cantando  
Hacia el ancho mar alegre;  
Hierro, que vas al imán  
Con anheloso deleite,  
Decidle á mi Bien que envidio  
Vuestro vuelo y vuestra suerte.  
Mas ¿qué piedra, ni qué hierro,  
Ni qué bárbara corriente,  
Podrán vencer mi carrera,  
Cuando mis grillos se quiebren?  
Vén, mi Dios, porque ya es hora:  
Abre á este volcán, que hierva,  
Cráter por donde respire  
Y por donde el alma vuele.  
Ya me escuchas; ya mis lágrimas  
Y mis gemidos atiendes;  
Ya un serafín abrasado  
Con ígneo dardo me hiere,  
Y el corazón me traspasa

Una y otra y muchas veces;  
Y se lleva las entrañas  
Tras el ígneo dardo fuerte.  
Y aún vivo y gozo la pena,  
Y peno el gozo celeste:  
Que en la cárcel de la vida  
Aún me tienen tus desdenes.  
Más hambre siento en el alma  
Y más codicia de verte,  
Pues el fuego de tu gloria  
Ya mi corazón enciende.  
Requiebro fué de tu amor  
Darme á gustar juntamente  
Los sufrimientos del Gólgota  
Con dichas del Olivete.  
Gozo al corazón abruma;  
Sangre mi costado vierte;  
No hay duda que soy tu esposa,  
Pues gozo y pena me hieren.  
Vengan nuevos sufrimientos  
A taladrarme las sienas:  
Que no es digna esposa tuya  
Quien contigo no padece.  
Pero venga con tus penas  
Presta y callada la muerte  
Á empezar los desposorios,  
Que no es bien que más espere.





X

SAN FRANCISCO DE BORJA

**A**L torno de su convento  
Acude al són de la esquila  
La Madre Santa Teresa,  
Porque la esperan, solícita.  
Y al sacerdote que aguarda,  
De donde huyeron mentidas  
Esperanzas é ilusiones,  
Pregunta con voz sumisa:  
—¿Quién me llama?

—Un mercader.

—¿Y cuál es su mercancía?  
—Galas de Flandes y espadas  
Que aún no están de sangre limpias,  
Laureles frescos de Túnez  
Y coronas de Gandía.

—¿Y esa venta?

—Es para compra

De una sola margarita.

—Tomaremos los aceros,

Pues ando en una conquista

Y es tan recio el enemigo,

Que pienso que no se rinda

Sino á la espada de Borja,

En las batallas bruñida.

Con sotilezas encanta

Mis mesnadas fronterizas,

Y tal me embauca el sentido,

Que estoy dudando yo misma

Si gano ó pierdo en las lides,

Ó si apreso ó soy cautiva.

—¿Por quién lucha?

—Por los cielos.

—¿Y á quién, luchando, apellida?

—Á Jesús, que es Rey del alma,

Muerto en la sangrienta cima.

—¿Cuál es su guía?

—La cruz.

—¿Qué lauros ama?

—Amo espinas.

—¿En quién ensueña?

—En mi Dios.

—¿Tan arriba?

—Tan arriba,  
Que todo lo que Él no sea  
Me es triste y ruin ceniza.  
—¿La regala con favores?  
—Esa es mi duda infinita;  
Pues son tantos los arrobos  
Con que al ánima acaricia;  
Tantas las noches oscuras,  
Que convierte en claro día;  
Tantos los dulces requiebros  
En que me torna el acíbar;  
Que duda este vil gusano,  
Si es el cielo quien lo envía.  
Y como este imán me lleva  
Y á volar alto me incita,  
Por miedo á los huracanes,  
Se niega á volar la hormiga.  
—¿Y qué siente en los arrobos?  
—Nuevas ansias y codicias  
De amar más; lo que la cierva  
Que corre á la fuente, herida,  
Sin reparar en las flores;  
Nueva sed, sed aún más viva;  
Lo que el águila que vuela  
Teniendo á sus pies la cima  
Del monte más empinado;  
Más anhelos de ir arriba,

Y luego, cuando recuerdo  
Y me retorno á la vida,  
Más deseos de ser buena  
Y de amar al que me humilla;  
Más ansias de padecer,  
Y por morirme más prisa.  
—Pues no me sea medrosa,  
Y ese sendero prosiga,  
Que son victorias sus pasos  
Y el diablo ruge de ira.  
No ataje el vuelo á sus plumas,  
Ni por más tiempo resista  
Á los ímpetus del alma,  
Que engolfarse en Dios ansía.  
Y cuando tienda su vuelo,  
Cual piadosa golondrina,  
Vaya al Calvario á llevarse  
Del Amado las espinas.  
Que como en el pico lleve  
Sangre de Dios, compasiva,  
Al sol verá cara á cara,  
Sin que tiemble la pupila.  
—Padre Francisco de Borja,  
Vos me dais serena dicha,  
Y al campo seco del alma  
Sois la lluvia apetecida.  
— Sois ángel.....

— *Soy mercader.*

— *¿Y cuál es su mercancía?*

— *Galas de Flandes y espadas,  
Que aún no están de sangre limpias,  
Laureles frescos de Túnez,  
Y coronas de Gandía.*

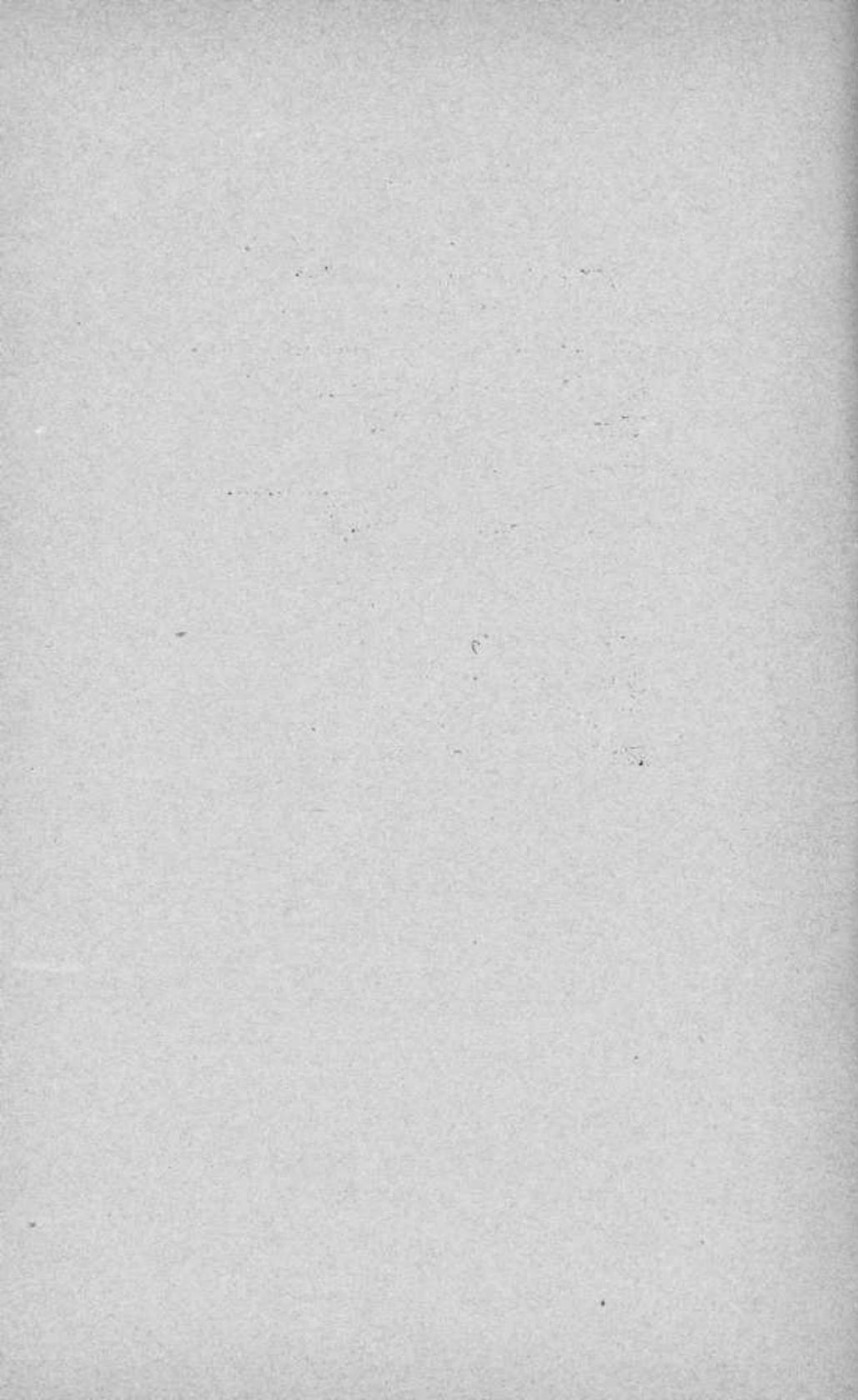
— *¿Y esa venta?*

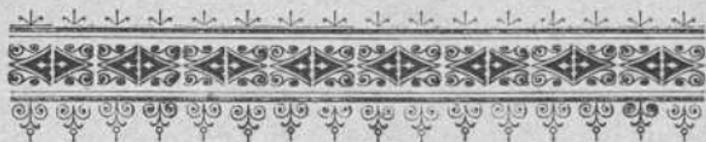
— *Es para compra*

*De una sola margarita.*

— *Tomaremos los aceros,  
Pues ando en una conquista,  
Y es tan recio el enemigo,  
Que pienso que no se rinda  
Sino á la espada de Borja,  
En las batallas bruñida.*

---





## XI

### TRES SANTOS

**S**ENTADO en el locutorio  
De la Encarnación de Ávila,  
Con Teresa de Jesús  
Estaba San Pedro Alcántara.  
Rigores de penitencia  
Y anhelos vivos del alma,  
Por romper sus ligaduras  
Y extender libres las alas,  
Bien consumieron su carne,  
Cual se arruga una manzana  
Con el fuego del estío  
Y las iras de la escarcha.  
Hecho de largas raíces  
Secas, sin jugo, ni savia,  
Parece su cuerpo endeble,

Y es viva y severa estatua.  
Vive en la tierra y no vive,  
Pues si aquí posa la planta,  
Sólo de Dios se alimenta  
Y con Dios tiene su plática.  
Los ángeles son sus pajes,  
Que le sirven y le guardan;  
Y aunque él no viste sus plumas,  
Á los cielos sube y baja.  
Del cielo viene su espíritu,  
Cuando con Teresa trata  
De las austeras reformas  
De la Orden carmelitana.  
—Decís, exclama Teresa,  
Mi buen Fray Pedro de Alcántara,  
Que este anhelo que me hiere  
No es hijo de loca audacia.  
—Hijo es del amor divino,  
Y Dios jamás nos engaña,  
Ni nos lleva de la mano  
Á dar en una emboscada.  
Por amores de la tierra  
Visten otros la coraza,  
Y contra el hierro enemigo  
Rompen la iracunda lanza,  
Y en un leño desafían  
Del mar las ondas más bravas,

Y pelean con los vientos  
Y con las fieras batallan.  
Por amores fementidos  
Ásperas vigiliass guardan,  
Y los tajos de los celos  
De su fin no los apartan.  
Por amor el necio es cuerdo,  
Y el terco de cera blanda,  
Y es el cuervo rui señor,  
Y la oropéndola es águila.  
Conque si amores de cieno  
De tal manera arrebatan,  
¿Á qué cumbres y á qué honduras  
No arrastrarán los del alma?  
— Pues seguir quiero ese amor,  
Que me arde en las entrañas,  
Que me llora ante los hombres  
Y en la soledad me canta.  
Canta tan suaves trovas,  
Si á solas conmigo anda,  
Que parece que mis venas  
Son las cuerdas de su arpa.  
Y con Él ríen, si ríe,  
Y lloran si Él vierte lágrimas,  
Y arden en celo divino  
Si Él es rayo de amenazas.  
Déme ya lauros de espinas

Y la cruz por blanda cama,  
Ya que en espinas y en cruz  
El cuerpo de Dios descansa,  
Déme ayunos por regalo  
De aderezadas viandas;  
Que sus labios moribundos  
Gustaron la miel amarga.  
Déme desprecios del mundo  
Y burlonas carcajadas;  
Que Él en su triste agonía  
No tuvo otra serenata.  
Y esta bandera llevando  
Iré al viento desplegada  
Porque me sigan los cuerdos,  
Á quienes juicio les falta;  
Pues que le sobra el amor,  
Que por nada se acobarda,  
Y es soldado aventurero  
Que se muere por hazañas.  
—No aventura el que á Dios sigue.  
—¿Y en pos de Dios va mi marcha?  
—Lo consultasteis al cielo,  
Y el cielo respuesta os manda.  
—¿En estas letras sin duda?  
De Fray Luis Beltrán es carta,  
Y en ella me certifica  
Que Dios vuelve por mi causa,

Y pues que la empresa es suya,  
Que son del cielo mis ansias;  
Y antes de cincuenta años  
La animosa Orden Descalza  
Será ilustre en los dominios  
De la Iglesia sacrosanta.  
—¿Dudáis ya? Luis el asceta  
De contemplación extática,  
El que viste el noble hábito  
De los Guzmanes sin tacha,  
El apóstol de las Indias,  
El que el mar airado aplaca,  
El amante delicado  
De la Virgen Soberana  
Os alienta en vuestros pasos  
Con la severa palabra  
Del que en nombre de los cielos  
Y de la Virgen os habla.  
—Sólo de mis fuerzas dudo.  
—Pues echad la red al agua  
En nombre de Dios, y os fío  
Que no han de bastar las mallas.  
—Yo al mar echaré mis redes  
Pescadoras de las almas,  
Y vos el vuelo á los cielos,  
Porque descienda la gracia.

---







## XII

### SAN JOSÉ DE ÁVILA

**P**OR enredos del infierno  
Puesta en una obscura celda,  
Que le sirve de prisiones,  
Habla con su Dios Teresa:  
—Regocíjate, Sión;  
Suene el salterio sus cuerdas,  
Y las hijas de Judá  
Dancen olvidando penas;  
Ya tengo casa, Jesús;  
Ya hay Descalzas en la tierra;  
Ya tu afán y mi esperanza  
Clara realidad se muestran.  
Mas por artes del que siempre  
Hace á tus designios guerra,

No vivo yo con mis hijas  
Y en esta prisión me encierran (1).  
Ellas ganan y yo pierdo:  
Que si yo no estoy con ellas,  
Tú no me las dejas solas,  
Pues las defiende tu diestra.  
Mira qué recios asaltos  
Da el mar á la humilde arena;  
Cómo el pueblo alborotado  
Llega llamando á su puerta,  
Y cómo asaz humillada  
Se retira la soberbia,  
Para tornar con más bríos  
Y más vientos á la empresa.  
Mis hijas á tal empuje,  
Cual cañas delgadas, tiemblan,  
Y cual las cañas se cimbran,  
Y en pasando, se enderezan.  
Como el sombrío pelícano  
Que á la soledad se aleja,  
Así busqué solitaria  
El retiro de mi celda.  
Mas todo el día mi afán

---

(1) Reclamada en la primera noche que iba á pasar en su convento de San José por las monjas de la Encarnación, fué recluida en una celda de este monasterio.

Mis enemigos reprueban,  
Y los que ayer me alababan,  
Hoy perjuros me condenan;  
Porque comí la ceniza,  
Cual rico pan de mi mesa,  
Y mezclaba con el agua  
Mis lágrimas lastimeras.  
Mas Tú, mi Dios, te levantas,  
Y sus designios avientas,  
Como las pajas endebles  
Sobre la trillada era.  
Y ellos vuelven, cual las aves  
Que espantó silbante flecha,  
Con nueva sed al arroyo,  
Que te canta y no se queja.  
Ricos, nobles, regidores,  
Que son grandes en la tierra,  
Para vengar su derrota  
En cabildo se congregan.  
¡Pobre convento que el nombre  
De San José ilustre llevas,  
Cómo sobre ti descarga  
La artillería sus piezas!  
¡Cómo la pobreza es loca  
Y la castidad miseria,  
Y el llevar los pies descalzos  
Novedad ruin que afrenta!

¡Cómo mis tristes novicias  
Van á ser causa suprema  
De la ruina de Avila  
Y su deshonra y vergüenzal  
Todos me son enemigos,  
Y alzan sobre mí la diestra,  
Y sobre mi nombre y fama  
La descargan sin clemencia.  
Sólo un Guzmán (1) se levanta  
A quien el diablo no ciega,  
Y deshace los nublados  
Y acuchilla la tormenta.  
Sólo el Padre Báñez, sólo  
Es el sol entre las nieblas,  
Que cobardes se retiran  
De la gloriosa palestra.  
Pero Tú las ves, Señor,  
No deponen la soberbia,  
Y buscan más negros odios  
Para volver con más fuerza.  
No se cansa fatigoso  
El diablo nunca de guerra,  
Y es el volcán que se apaga  
Y en nuevas llamas se incendia.

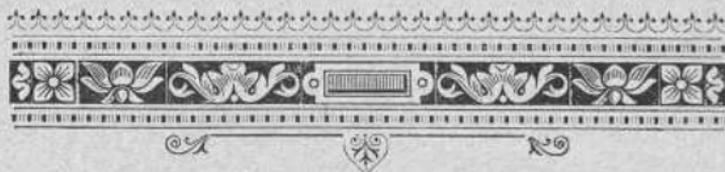
---

(1) Un dominico.

Mas Tú ríes en los cielos  
De los rayos que apareja;  
Porque con que Tú lo mires  
Serán sus llamas pavesas.

---





### XIII

#### PRIORA DIVINA

**S**EDICIOSAS y revueltas,  
Con gritos de rebelión  
Y desceñido del alma  
El santo temor de Dios,  
Andan locas por los claustros,  
Agitadas de furor,  
Sin dar plaza á la obediencia,  
Monjas de la Encarnación.  
Buena prelada les mandan,  
Y á tiempo y hora mejor,  
Cuando reglas y alimentos  
Andan en discordia atroz.  
Meterálas en cintura,  
Darálas alta oración,  
Cerrará los locutorios,

Que es cerrar la puerta al sol.  
Hará del claustro un castillo  
Inexpugnable y feroz,  
Que meta miedo en el pueblo  
Y en sus visitas pavor  
De la carencia de víveres  
Hará santa obligación  
De ayunar y no pedir  
Más de lo que mande Dios;  
Y en dos meses, ¡cielo santo!,  
Sin luz, ni plato, ni voz,  
Las monjas son esqueletos  
Y las celdas panteón.  
Y ya á la austera priora  
La puerta reglar se abrió,  
Y entre gritos y desmayos,  
Y protestas y aflicción,  
Y gozo de las prudentes,  
Que son la porción menor,  
Señora de aquellos feudos  
Alza altiva su guión.  
Pero no ha de ser así;  
Que Dios por eso les dió  
Voluntad que se resista,  
Y boca y manos y honor.  
Mas en medio de estas voces  
De indómita sedición,

Clara, vibrante, argentina  
Una campana se oyó  
Llamando á coro á las monjas;  
Y una á una y dos á dos,  
Reacias ó diligentes,  
Marcharon á la oración.  
Que la sagrada campana  
Del mismo cielo es la voz,  
Y no hay quien resista al cielo,  
Si austero el cielo llamó.  
Y al entrar en el capítulo  
Con sana ó negra intención,  
Cayó espanto sobre todas  
Y agitólas el temblor.  
En la silla prioral,  
Cual divina aparición,  
Estaba una hermosa imagen  
De la Madre del Señor  
Con las llaves del convento  
De la santa Encarnación  
Suspendidas de la mano,  
Que da luz y vida al sol.  
Y á sus pies afinojada,  
Toda encendida de amor,  
La Madre Santa Teresa,  
Cual hija humilde de Dios.  
Enderezóse la Santa,

Y les dijo con un són  
De gloria y de sencillez  
Que á las monjas desarmó,  
Poniendo llanto en sus ojos  
Y paz en su corazón:  
— Esta es la santa Priora:  
Vuestra humilde esclava yo.

---



## XIV

### APARICIÓN DE LA VIRGEN



ANTABAN *maitines*  
Las monjas devotas,  
Subiendo á la altura,  
Cual mística tromba,  
Anhelos del cielo,  
Desdenes de honras,  
Amores del alma,  
Suspiros que brotan  
Del pecho encendido  
De célica esposa,  
Cual brotan las chispas  
Que volcanes forjan,  
Y son de este valle  
De pena y congoja  
Las más dulces lágrimas

Del triste que llora.  
Cantaban *maitines*  
Las férvidas monjas  
En cosas del cielo  
Sumidas y absortas;  
Y al decir la *Salve*  
Con voces piadosas,  
Rasgóse del coro  
La elevada bóveda,  
Y una mansa y plácida  
Y suave aurora  
Penetró de pronto,  
Cual río de gloria.  
Miriadas de ángeles  
De espléndidas formas,  
Con plumas de cisne  
Y cantos de alondra,  
Llenaban el coro  
De célicas notas,  
De arrullos de cielo  
Y esencia de rosas.  
La imagen que hacía  
De augusta Priora  
Tornóse al instante  
Realidad hermosa.  
Vivían sus ojos,  
Se agitaba en ondas

Su hermoso cabello,  
Hablaba su boca;  
Y aquellos espíritus  
En alegres tropas  
Le hacían mesura,  
Cantábanle trovas,  
Porque era su Reina,  
Reina venturosa  
De tierras y mares,  
De cielos y gloria.  
Teresa la santa,  
Teresa tan sola,  
Vió aquella hermosura  
Que encanta y arroba,  
Y oyó de sus labios,  
Capullos de rosa,  
Salir las palabras  
Cual fuente sonora,  
Diciéndole:—Fija,  
Mi fija homildosa,  
Muy bien me pusiste  
Aquí de Piora.  
Yo estaré presente  
Siempre à tus salmodias,  
Puesto que con ellas  
Al mi Fijo honras;  
Y porque tus súplicas

Él nunca desoiga,  
Te seré en el cielo  
Siempre embajadora.—

---



XV

EL TAMBORIL

**C**ON rabeles y zampoñas  
Y con alegres cantares  
Las carmelitas se huelgan  
En la noche en que Dios nace.  
No son cantos de este mundo  
Los que de su boca salen;  
Pues como es cielo el convento,  
Parece coro de ángeles.  
Y hay tanto amor en sus cántigas;  
Que las lágrimas cobardes,  
Al escucharlas, sin miedo,  
Ojos y rostros invaden.  
El sueño, que es dios pagano,  
Sus medrosas alas bate,  
Y del convento se aleja,  
Pues sueño y amor no caben.

Y por los claustros recónditos,  
Donde apenas luces arden,  
Vuelan en toda la noche  
Villancicos por los aires.  
Los mantos que se revuelven  
Semeja nieve que cae  
Por los valles de Belén  
Sobre los lindos zagales;  
Y aquellos suaves rostros,  
Que en Dios sólo se complacen,  
Parecen flores que cantan  
Al abrirse en los rosales.  
Todo es gozo en el convento,  
Pues los más negros pesares  
Se visten de seda y oro,  
Huyendo de los zagales;  
Y guiando aquella ronda,  
Que de claustro en claustro tañe,  
Va Teresa de Jesús  
Loca de amor por quien nace.  
Un alegre tamboril (1)  
Lleva colgado del talle,  
Y con golpes y redobles  
Enciende en gozo la sangre.

---

(1) En San José de Avila se guarda el tamboril con que se solazaba á veces la Santa.

Y al compás de aquella música  
Con que repica en el parche,  
Canta sus dulces amores  
Y las entrañas deshace.  
Porque callan los rabeles,  
Y las zamponas se caen  
De los labios de sus hijas,  
Escuchando estos cantares:

Pues baja del cielo,  
Ton, ton,  
Es el Salvador.

—  
Aunque nace pobre,  
Es rico Señor;  
Su casa es la gloria  
Y su siervo el sol;  
Y duques y condes  
Los ángeles son;  
Y si en tierra nace,  
Ton, ton,  
*Él baja del cielo*  
*Y es el Salvador.*

—  
Sólo trae perlas,  
Que derrite amor,  
Y es tan generoso

Con tu corazón,  
Que en llegando vierte  
Perlas en turbión.  
Y si perlas llora,  
    *Ton, ton,*  
*Y baja del cielo*  
*Es tu Salvador.*

—  
Nace en un establo,  
Y es de condición  
Tan humilde y llana,  
Que no se quejó,  
Viniéndole estrecha  
Toda la creación.  
Y si triste llora,  
    *Ton, ton,*  
*Es por los ingratos*  
*De que es Salvador.*

—  
Regalo del cielo,  
Tú tan pobre y yo  
Aún busco el abrigo  
Que me da calor,  
Cuando es la pobreza  
Tu gala mejor;  
Pues dejas tesoros,  
    *Ton, ton,*

*Para ser del alma  
Rico Salvador.*

---

¡Ay! tierno Cordero  
De blanco vellón,  
Que al nacer me llamas  
Con quejosa voz;  
Baje yo del monte  
Corriendo veloz,  
Que si por mí balas,  
*Ton, ton,*  
*Yo lo dejo todo*  
*Por mi Salvador.*

---

Rubio y encarnado  
Es el buen Pastor,  
Y en naciendo luego  
Alza ya la voz,  
Porque sus ovejas  
Van en dispersión;  
Oigamos sus silbos,  
*Ton, ton,*  
*Porque si nos llama,*  
*Es el Salvador.*

---

Nace ya la aurora  
Con nieve y claror,

Mas no hayamos pena  
Que antes nació el sol;  
Y aunque siente hielo,  
Él nos da calor,  
Pues con ese frío,

*Ton, ton,*

*Con que tiembla y llora  
Es mi Salvador.*

---



## XVI

### CASTILLOS DEL ALMA

**T**ENED el paso tantico  
Los herejes luteranos;  
Que no es vuestra toda Europa  
Ni amigos todos los campos.  
Y si Alemania os abriga  
Y la isla de los Santos  
Es isla de los demonios,  
Por pasarse á vuestro bando;  
Si el Sena no se desborda  
Y os ahoga entre sus brazos,  
Y desde Hungría á Noruega  
Alzáis triunfantes las manos;  
España tiene castillos  
Tan heroicos y bizarros,

Que ponen miedo al denuedo  
Y el furor vuelven espanto.  
No son de piedra sus torres,  
Ni se alzan sobre peñascos  
Sus almenas y atalayas  
Perdiéndose en el espacio.  
Ni los fosos las rodean,  
Ni cuando se ven cercados  
Caen los fuertes rastrillos,  
Ni el puente se mira en alto.  
Por sus fieras aspilleras  
No sale el plomo silbando,  
Sino plegarias ardientes  
De unos corazones mansos.  
Gente de paz es su hueste;  
Mas pueden sus fuerzas tanto,  
Que sin lucir los aceros,  
Dan al valor sobresalto.  
No visten cotas de malla  
Ni ciñen ferrados cascos,  
Sino sayos penitentes  
Como la nieve de blancos.  
Una mujer los gobierna  
De valor tan extremado,  
Que ante ella tiembla el abismo,  
Si la embiste en campo franco.  
Que es su poder el del cielo,

Y sus bríos soberanos,  
Nada temen en la tierra,  
Á Jesús apellidando.  
Y en la brecha peligrosa  
Y en los riesgos del asalto,  
Es Teresa la primera  
Que rechaza al nuevo bando.  
*Tened el paso tancico*  
*Los herejes luteranos;*  
Que de estos castillos salen  
Vuestros tristes descalabros.  
Y aunque nunca sus mesnadas  
Se formaron en el campo,  
Hace tiempo que os dan guerra  
Y que vienen batallando.  
No os registréis las heridas;  
Que están en sus cuerpos castos,  
Pues contra sus cuerpos vuelven  
Los más acerados dardos.  
Y sufren, mientras gozáis  
Del desenfreno al amparo,  
Y mientras reís dementes,  
Derraman copioso llanto.  
Y oponen á los arpones  
Que salen de vuestros arcos,  
Virtudes donde se estrellan  
Vuestros certeros disparos;

A la blasfemia atrevida,  
La oración que va á lo alto;  
Á la gula, que embrutece  
El ayuno voluntario;  
A las galas, la pobreza;  
La vigilia, al sueño largo;  
Á las iras, mansedumbre;  
Y la humildad al escándalo;  
Y á la orgía que resuena  
En las cuadras del palacio  
Y que se olvida del cielo,  
El éxtasis solitario.  
Así el brazo del Eterno,  
Que lanza el fragoso rayo  
Á vuestras huestes impías,  
Es aquí benigno brazo.  
El cielo, torvo y ceñudo,  
Negros turbiones lanzando  
Que inundan vuestras campiñas,  
En España es cielo claro.  
Y en tanto que vuestras torres  
Se van cayendo á pedazos,  
Y cada vez más estrechos  
Son vuestros límites patrios;  
Aquí el trono es más robusto,  
Más guerreros los soldados  
Y las fronteras se ensanchan

Á costa de vuestros campos.  
*Tened el paso tantico*  
*Los herejes luteranos;*  
Que aquí no hay Anas Bolenas,  
Ni gobierna Enrique Octavo;  
Sino vírgenes que viven  
Sólo con Dios conversando,  
Y que siguen de Teresa  
Audaces los santos pasos;  
Y un gran Felipe Segundo,  
De quien el mundo es vasallo,  
Y que fía en estas vírgenes  
De humildes y toscos hábitos,  
Más que en las guerreras lanzas  
Y capitanes bizarros,  
Que en San Quintín fueron héroes  
Y vencieron en Lepanto.

---





## XVII

### SAN JUAN DE LA CRUZ

**P**LATICABA en el convento  
De la villa de Medina  
La Madre Santa Teresa  
Con un mozo carmelita.  
Fijos en tierra los ojos  
Y el alto espíritu arriba,  
Se cruzaban sus palabras,  
Como llamas de una pira.  
Que son santos serafines  
Que en la tierra peregrinan,  
Y al encontrarse en la tierra,  
Se acuerdan de la otra vida.  
—Madre Teresa, este mundo,  
El Santo mozo decía,  
Está lleno de emboscadas

Donde las almas peligran.  
Yo huyo de él, como si un tigre  
Trajera siempre á la vista,  
Y el ánima harto medrosa  
Por la soledad suspira.  
Pues paréceme que el mundo  
Tiene al desierto ojeriza;  
Que se asusta del retiro  
Y al silencio no se inclina;  
Pues como gusta de galas  
Y bulliciosas delicias,  
Quiere orejas que le escuchen  
Y miradas que le engrían.  
—Cierto, hijo, y es torrente,  
Que se sale de la orilla,  
Y al que no arrastra en sus ondas,  
De su cieno lo salpica.  
—Por eso busco el desierto  
Y holgada vida me hastía.  
Yo soy un ciervo salvaje  
Que los bosques solicita  
Y en los valles nemorosos  
Que cruza la fuente limpia,  
Donde se retrata el cielo,  
Halla su mayor codicia;  
En las montañas sublimes,  
Que por ver á Dios se empinan,

Por si acierto allí á mirarlo,  
Quiero doblar la rodilla.  
Allí mi ciega ignorancia,  
Que de los cielos se olvida,  
Aprenderá á alzar el vuelo  
De las águilas altivas;  
A ser humilde y constante,  
De la oculta fuentecilla;  
Á agradecer, de la tierra  
Que los granos multiplica;  
Á cantar á Dios loores  
De los pájaros que trinan;  
Y de la argentada luna,  
Á que el sueño no me rinda.  
— Esa es vida de cartujo;  
— Pues esa será mi vida.  
— Así vivió entre las rocas  
Nuestro Padre San Elías;  
Y con ese apartamiento  
Del mundo y de sus mentiras  
Quiero vivir y me afano  
Porque muchas almas vivan.  
También soy cierva sedienta,  
Que viene á la fuente, herida,  
Para apagar los ardores  
En sus aguas cristalinas.  
Y quiero ser como el pájaro

Que del sustento no cuida;  
Mas cantando da las gracias  
Al Señor que se lo envía;  
Y humilde como la tierra,  
Que calla, si se la pisa;  
Pues nuestro cuerpo altanero  
Sólo es un vaso de arcilla.  
Yo quiero, como la sierra  
Que está del cielo vecina,  
Si ostento manto de nieve;  
Ser de asperezas ceñida.  
Y en aquestas soledades  
Donde el alma se retira  
Con esas galas ser pobre,  
Con esta pobreza rica.  
También de un monte sublime  
En la más excelsa cima,  
Para estar de Dios más cerca,  
Quiero doblar la rodilla.  
Pero no es monte cartujo  
Adonde el afán me aguija,  
Que es más sagrado.

—¿Cuál es?

—El Carmelo se apellida.  
El Carmelo que en sus peñas  
Tiene las huellas benditas  
De la Madre de Dios vivo,

Que es nuestra Madre dulcísima.

—Pero en ese monte santo

Ya nuestra Orden habita.

—Mas vivimos en sus faldas,

No en su soledad bravía.

Y en las laderas estamos

Del mundo loco á la vista

Y las ondas del torrente

Á las veces nos salpican;

Y yo anhelo sus desiertos

Donde el ánima se abisma

Y á solas con su conciencia

Sola con su Dios se mira.

Y allí tener por regalo

Dura hierba desabrida,

La tierra por blando lecho

Y por sueño la vigilia.

Pisar con desnuda planta

La escarcha y la nieve fría,

Y siempre alegre ir cantando

Misericordias divinas.

¿Quieres ser descalzo?

—Quiero.

—¿Y la fama?

—Es mi enemiga.

—¿Y la pobreza?

—Fué pobre

El Dios que los astros pisa.

—¿Y las coronas de lauros?

—Sólo las quiero de espinas.

—Padre Fray Juan, ¿y la Cruz?

—Ella ha de ser mi divisa.

—¿Y la honra?

—Soy gusano.

—¿Y el trabajo?

—Soy hormiga.

—¿Y el sueño?

—Soy rruiseñor.

—¿Y el amor?

—Dios es delicia.

—Pues aguardaros tantico

É iremos el monte arriba.

—¿Aguardar?

—Lo quiere el cielo.

—Cielos, que ya tengo prisa.

---



## XVIII

### DESPOSORIOS MÍSTICOS

OMO las olas del mar  
Llegan bravas á la orilla,  
Luciendo crestas de espuma,  
Y al mar se tornan sumisas;  
Así con sus mantos blancos  
Las descalzas carmelitas  
Llegan por el Pan del cielo  
Y en Dios vuelven embebidas.  
Llegóse Santa Teresa  
Á la zaga de sus hijas,  
Llevando el alma en los ojos  
Anhelantes de la vida.  
Dióle San Juan de la Cruz,  
Que el Sacramento administra,  
Media Forma y Dios con ella,

Y halló á Teresa afligida.  
— Bien me sé — pensó la Santa, —  
Que Jesús se multiplica,  
Y aun en más pequeñas partes  
Toda su gloria está viva.  
Pero en mis ojos de tierra  
Entró de amor la codicia,  
Y gustan de Formas grandes,  
Sin querer que las dividan.  
— Hija — contestó el Señor, —  
Vive por esto tranquila,  
Que no habrá fuerza bastante  
Que te arranque de mi estima.  
Como las nieblas del lago  
Del rayo del sol heridas  
Semejan nubes de plata  
Al pie de la sierra altiva:  
Así el rostro de Teresa,  
Á la palabra divina,  
Que es rayo de sus amores,  
Tornósele aurora rica;  
Y vió á su Dios descendiendo  
De la sangrienta colina  
Del Gólgota con un clavo  
Que del madero traía.  
Luz y sangre se derramó  
De su corona de espinas,

Y un volcán es su costado  
De llamas enrojecidas,  
Á su túnica de nieve  
Manchas rojas la salpican,  
Y amplio manto de arreboles  
De sus hombros le caía;  
Sangrientos los pies asoma  
De su veste por la fimbria,  
Y las llagas del tormento  
Por gala de pedrería.  
—Teresa— dijo, y los ángeles  
Se pusieron de rodillas,  
Oyendo hablar á su Príncipe;  
—Este agudo clavo mira:  
Con él rompieron la mano  
Que daba á los ciegos vista  
Y serenaba las olas  
De la mar embravecida;  
Recíbelo como esposa  
Por arras de gran valía.  
No sólo como de Rey  
Y Dios que le da la vida,  
Sino como de tu esposo  
Ya has de mirar la honra mía;  
Que yo velaré tu honor  
De toda infame codicia.  
—Señor, por tan gran merced

Loca el alma desatina,  
Pues quieres que sea tu esposa  
La negra y ruin hormiga.  
Tuyos mis sentidos son  
Y el alma que Tú cautivas;  
Tuya mi sangre, y por Ti  
La diera yo desde niña;  
Tuyo el corazón, albergue  
Donde los sueños anidan,  
Donde nacen los deseos  
Y la esperanza se agita;  
Tuyo son y al sacrificio  
Yo siempre estaré propicia.  
¿Mas cómo he de ser tu esposa,  
Siendo sólo vil ceniza?  
Y aunque aborrezco el pecado  
Y las culpas me lastiman,  
¿Cómo he de celar tu honra,  
Siendo yo tu esclava indigna?  
¡Ah, Señor! Si ha de cumplirse  
Tu voluntad infinita,  
Ensancha Tú mi bajeza,  
Y hazme de virtud más rica;  
Ó aparta de mí esta honra  
De tanto peso y justicia,  
Que daré con ella en tierra  
Donde mi ruindad me inclina.

El agua que está en el vaso  
Bien clara y limpia se mira;  
Mas no si la alumbra el sol.  
—Soy el sol y tú estás limpia—  
Dijo el Señor, y alejóse,  
Subiendo por la colina  
Del Calvario, y en la Cruz  
Púsose en las agonías.  
Y entonces, como los cánticos  
De aquellas nupcias divinas,  
Resonaron por los aires,  
En infame gritería  
Los denuestos de la plebe  
Y de sayones y escribas,  
Que al Redentor insultaban,  
Cuando por ellos moría.  
Y aquellos gritos rodando  
Como tromba de desdichas,  
Resonaban en el mundo  
Sin número y sin medida.  
Sintiólos Santa Teresa  
Y á su corazón indignan,  
Y su cabeza taladran  
Como corona de espinas.  
—Señor—dijo,—soy tu esposa,  
Y tu cruz ha de ser mía.  
Pero esos gritos crueles

Y esas bocas que te silban,  
Y esas manos que lo aplauden,  
De tal modo me lastiman,  
Siendo Tú tan generoso,  
Que no quiero que prosigan;  
Y porque Tú no los oigas,  
Ni más burlen tu justicia,  
Sufriré yo hora tras hora  
Lo que me resta de vida.

---



## XIX

### NOCHE DE DIFUNTOS

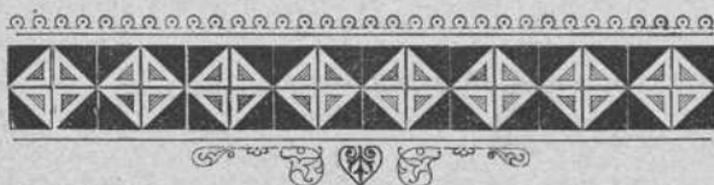
**D**OBLAN las campanas  
Con tristes lamentos;  
Que es noche de ánimas  
Y tiemblan los cuerpos.  
Noche de difuntos  
Es noche de miedos,  
Pues por los espíritus  
Se quejan los vientos.  
Allá en Salamanca  
Donde los manteos  
Latini-parlantes  
Andan en conciertos  
De aventuras locas  
Y atropellos necios,  
Y de zarabandas

Y sangrientos duelos;  
Temblando de frío  
En un aposento,  
Si de abrigo falto,  
De escaseces lleno,  
La Madre Teresa  
Con sor Sacramento,  
Con hambres y apuros,  
Esperan el sueño.  
Lleváronse el día  
Trabajando recio  
En hacer de un cuarto  
Reducido templo;  
Y de unos desvanes  
Coro asaz estrecho,  
Para alzar piadosas  
Sus devotos rezos.  
Y al llegar la noche,  
Sembrando misterios,  
Y nieblas y sombras,  
Sustos y recelos,  
Fueron retirándose  
De uno á otro aposento;  
Siempre perseguidas  
De su pensamientos.  
Temían las burlas  
Y atrevidos juegos

De los estudiantes,  
Vivos y traviosos.  
Mas ya en una estancia,  
De la calle lejos,  
Y la puerta firme  
Cerrada por dentro,  
Aún tenía susto  
Madre Sacramento,  
Oyendo del bronce  
Los fúnebres ecos,  
Tanto más medrosos  
Cuanto más inciertos;  
Sintiendo la triste  
Erizado el vello.  
Tenía la vista  
Clavada en el techo,  
Y un sudor helado  
Le mojaba el cuerpo.  
Y sacando el habla,  
Cual de un odre seco,  
Rezagadas gotas  
Del líquido añejo,  
Dijo temblorosa  
Con tales acentos,  
Que darían risa,  
Si no dieran miedo.  
— ¡Ay, Madre Teresal

Si ahora yo me muero,  
¿Qué haría aquí tan sola  
En este desierto?  
—¡Vaya una pregunta!—  
Contestó riendo  
La Madre Teresa,  
Higas dando al miedo.  
—Déjeme tranquila,  
No me espante el sueño;  
Que cuando se muera,  
Ya pensaré en ello.

---



## XX

### EN LA ESCALERA DEL CONVENTO

**E**NVUELTA en tocas monjiles  
Y desnudo el pie de nieve,  
Por un claustro solitario  
Una virgen se aparece.  
Y tanto cielo en los ojos  
Y en todo el semblante tiene,  
Que no parece que el cuerpo  
Al alma espléndida envuelve;  
Sino que Naturaleza  
Ha quebrantado sus leyes,  
Y al cuerpo el alma aprisiona  
Entre flamígeras redes.  
Distraída va la virgen  
De cosas del mundo aleve,

Sonámbula peregrina  
Que nada terreno siente;  
Cuando de pronto despierta,  
Trémulo el paso detiene  
Y el alma llama á los ojos,  
Porque se asome y se huelgue.  
Blanco como la inocencia,  
Rubio como el sol poniente;  
Tierno como los pimpollos  
De la rosa que florece,  
Baja un Niño la escalera,  
Como un alba que se viene  
Orlada de rayos mansos,  
Que iluminan y no ofenden.  
—¿Quién eres?— dijo la virgen  
Toda absorta, toda alegre,  
—Que siendo muy niño, en casa  
Como dueño te apareces?  
¿Quién eres, cielo abreviado  
Sin un terreno accidente,  
Infantico, blanco y rubio,  
Que en tus sonrisas me prendes?  
¿Quién eres, que siento un horno  
Que en el corazón me hierva,  
Y me quemó, y de cenizas  
Renazco cual ave fénix.  
Eres imán, pues me atraes;

Eres mar, pues me sumerges;  
Eres sol, pues me iluminas;  
Eres vida, vida eres.  
No eres tierra, pues te quiero;  
Ni sombra, pues no obscureces;  
Ni tentación, pues no caigo;  
Ni muerte; muerte no eres.  
Eres majestad sin ceño  
Y amor sin negros desdenes,  
Y verdad sin amargura,  
Y vida, la vida eres;  
Pues absorta en tu presencia,  
Si la amenaza la muerte,  
Mi vida apenada y triste,  
*Se muere, porque se muere.*  
¿Quién eres cielo abreviado  
Sin un terreno accidente,  
Infantico, blanco y rubio,  
Que en tus sonrisas me prendes?  
—Y tú—dijo el Niño hermoso,  
Con voz regalada y tenue,  
Cual si cantaran las brisas,  
Como si hablara una fuente;—  
Tú, que en tal lumbre te quemas,  
Y que en este mar tan breve  
Que en mí cabe y no se explaya,  
Te engolfas y te sumerges;

Tú, paloma arrulladora,  
Que á los cielos siempre tiendes,  
Teniendo en la tierra el nido  
Sufridor de tus desdenes;  
Tú, que de la luz te gozas  
Y las sombras aborreces,  
Que á la caridad te rindes  
Y en las tentaciones vences;  
Tú, que elevas más altares  
Que arenas las playas tienen,  
Pues son altares las almas  
Que á seguirte se resuelven;  
Tú, que llevas en los hombros  
La cruz que al mundo entristece;  
Tú, abierto volcán de amores,  
¿Cómo te llamas? ¿Quién eres?  
—Yo, una hormiga.

—Yo soy grano.

—Yo, triste abeja.

—Yo, mieles.

—Yo, vil ceniza.

—Yo, fuego,

Lumbre y llama que te enciende.

—Me enciende el amor divino,

Sólo ése loca me vuelve;

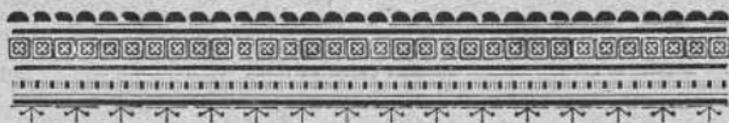
Soy Teresa de Jesús.

—¿Teresa de Jesús eres?

Y yo Jesús de Teresa.—  
Dice el Niño, y desaparece  
Entre rayos y entre aromas  
Y nubes como las nieves,  
Como un barco que se aleja,  
Como un astro que se pierde,  
Dejando sumida al alma  
En una amargura alegre.

---





## XXI

### DOMINGO DE RAMOS

**E**RA domingo de Ramos,  
Domingo de Ramos era,  
Cuando al sagrado convite  
Codiciosa va Teresa.  
Apenas el pie desnudo  
Posa un instante en la tierra,  
Pues no la llevan los pies,  
Que es amor el que la lleva.  
Por eso en los hondos claustros  
Sus pisadas no resuenan,  
Y sólo se oye el gemido  
De su mal callada pena.  
Como el ave, llega al río  
Fatigada y plañidera,  
Por la sed que la consume,

Así va á la santa mesa.  
Y en llegando se desata  
Toda amorosa la lengua,  
En estos trinos más dulces  
Que el ruiseñor que gorjea:  
—Aquí me tienes, Señor,  
A tus pies de hinojos puesta,  
Bañándolos con mis lágrimas,  
Secándolos con mis quejas.  
Yo no te traigo perfumes,  
Como aquella Magdalena  
Que tus santos pies ungió  
Y que besaba tus huellas.  
Sólo te traigo un amor  
Menesteroso de hacienda,  
Que para tornarse rico,  
Á que lo mires espera.  
Así, allá en el horizonte,  
Parda nube cenicienta,  
Aguarda á que el sol asome,  
Para engalanarse espléndida.  
Tuyos serán mis brocados,  
Tuyas mis sartas de perlas,  
Que aunque soy pobre de galas,  
Es fuerza que rica sea;  
Pues hoy que en triunfo se agitan  
Palmas sobre tu cabeza,

Y que te cantan hosannas,  
Cual Salvador de la tierra;  
No quiero que tengas hambre,  
Ni busques lejanas sendas,  
Ni verdes ramas sin fruto;  
Quiero que á mi pecho vengas,  
Donde mi amor te prepara  
Regalada y rica mesa,  
Que es regalada y es rica,  
Pues Tú la abastas y llenas.  
Hoy soy yo la que te invito  
A entrar en tu casa mesma,  
Que sólo tiene de pobre  
La triste que la gobierna.  
No repares en su hechura,  
Ni en sus rústicas maneras:  
Que aún no he llegado á pulir  
Las asperezas de Eva.  
Repara, mi Bien, repara  
En esta grande riqueza  
De dones no agradecidos,  
De corderos de tus vegas,  
De vinos de tus lagares,  
De las frutas de tu herencia  
Y del pan que de mí tiene  
Sólo levadura aceda.  
Ven al convite, Señor,

Que ya el alma te desea,  
Y habrás de encontrar al alma  
Esperándote en la puerta.  
Ven, Amor, ven Hostia blanca,  
Que el ánima se impacienta,  
Y á los ojos asomada  
Ya sin reparo te espera.  
Ya vienes, ya el corazón  
Por escaparse forceja,  
Pues ha sentido su imán,  
Y á Ti va con sus cadenas.  
Ya llegas, ya mis entrañas  
Se funden como de cera,  
Y en el hervor de su fuego  
Me levantan de la tierra.  
¡Oh deliquio! ¡Oh soberano  
Amor que así te me entregas!  
¡Oh inesperada dulzura  
Que de deleites me inebrias!  
Esta es tu sangre, Señor,  
Sangre tuya que calienta,  
De que está llena mi boca  
Y paladea mi lengua;  
Sangre que siento en el rostro,  
Sangre de que estoy cubierta.  
Mis pecados que te hirieron  
Suavemente me recuerdas.

¿Castigas así?

—Regalo.

—Tuya sola es tal largueza.

—Largueza de amor que paga

Con mi sangre tus ofrendas;

Pues ya vienes treinta años

Convidándome á la mesa,

En este día en que el hambre

Me cercó de sus flaquezas;

Y es ley santa del amor

Que tu convite agradezca;

Y, pues soy el invitado,

Pago con mi sangre mesma.

Clavado en infame leño

Vertila entre duras penas,

Para que bien te aproveches

Y aun te solaces con ella.

No temas ya que te falte

La misericordia eterna,

Pues que te doy por deleite

Sangre de mis propias venas. —

Dijo la Hostia, y entróse

Al corazón de Teresa,

Cual ave que vuela al nido

Donde está su prole hambrienta.







## XXII

### POR SIERRA MORENA

**E**NTRE tajos que á las nubes  
Por menos altas desprecian,  
Y en abismos tenebrosos  
Las firmes plantas asientan;  
Por senderos que se pierden  
Entre riscos y maleza,  
Y adonde el astro del día  
Apenas si llega á penas,  
Camina un medroso carro  
Que del camino se queja,  
Según va de perezoso  
Y rechinando sus ruedas.  
Dentro, con sus buenas hijas,  
Se asienta Santa Teresa,  
Codiciosa de ver pronto

La noble villa de Veas;  
Y cabalgando en sus mulas,  
Sufridoras y andariegas,  
El buen Antonio Gaitán  
Y Fray Juan de la Miseria.  
Con mil cuidados caminan,  
Por llevar la senda incierta  
Y ser la sierra que cruzan  
La dura Sierra Morena.  
Abajo suenan los ríos,  
Que entre riscos culebrean,  
Y arriba acomete el miedo,  
Viendo la muerte tan cerca.  
Con plegarias fervorosas  
Á San José se encomiendan  
Que los salve del peligro  
Que en aquel camino llevan;  
Pues parece que el Infierno,  
Alzándose en són de guerra,  
Entre aquellos montes altos  
El paso del carro espera.  
Y que su hueste homicida  
De endriagos y quimeras,  
De titanes poderosos  
Y furias de horribles greñas,  
Son las rocas puntiagudas  
Y las peñas medio abiertas,

Que blanden riscos por hierros,  
Con árboles por cimeras.  
Y en medio de aquella hueste,  
Inmóvil como de piedra  
Y callada como calla  
La muda Naturaleza;  
Camina el carro medroso,  
Como la inocente cierva  
Entre dormida manada  
De leopardos y panteras.  
Ya al borde del precipicio  
Llegaban las rudas bestias  
Y el Tajo aguardaba á todos  
Con negras fauces abiertas;  
Cuando de pronto, de un valle  
Que no dejan ver las breñas,  
Se alzó una voz exclamando  
Y poniéndoles alerta:  
—Teneos, que vais perdidos  
Y está la muerte á la vera,  
Y os despeñáis de seguro  
Siguiendo por esa senda.  
—Pues ¿por dónde, buen anciano—  
Gritó, parando con fuerza  
El carretero las mulas,—  
Se ha de ir?

—Por la derecha.

—¿Por la derecha?

—Sí, á fe.

Ordenó Santa Teresa,

—Hay más peligro á la vista.

—Carretero, Dios lo ordena.

—Pues que Dios nos salve á todos,—

Gritó torciendo la rienda

El carretero, y guiando

Por la medrosa vereda.

Cerraron todos los ojos,

Sintiendo flacas las piernas,

De pie empinado el cabello.

Y el rostro como la cera:

Y al volver por un recodo

Advirtieron, con sorpresa,

Ancho camino seguro

Sin peligros ni maleza.

Animáronse los rostros

Al salir de tantas penas,

Y las lágrimas pugnaban

Por ser del bien pregoneras.

Carreteros y Descalzas,

Con las rodillas en tierra,

Daban gracias á los cielos

Que tan benignos se muestran.

Y el buen Antonio Gaitán

Y Fray Juan de la Miseria,

Cual justos, agradecidos,  
Corren á pagar la deuda  
Al que les mudó la suerte  
Con la voz, de mala en buena,  
Por valles y por cañadas,  
Por atajos y revueltas.  
Mas llorando agradecida  
Y no pudiendo su lengua  
Guardar más tiempo el secreto,  
Dice á sus hijas Teresa:  
—No sé por qué los dejamos  
Que corran tan agria sierra.  
Fué mi Padre San José  
Y de juro no lo encuentran.—  
Y así fué, que no lo hallaron,  
Y al carro las monjas vueltas,  
Dieron en correr las mulas  
Con tal resuelta presteza,  
Que no parece que corren,  
Sino que con alas vuelan;  
Y más veloces que el día  
Llegaron con sol á Veas,  
Donde, no vírgenes, ángeles,  
Con viva impaciencia esperan,  
Según la piadosa villa  
Arde en jubilosas fiestas.





## XXIII

### LA PALOMA

**E**RA una mañana  
Plácida y hermosa,  
En que el blando céfiro  
Derramaba aljófara,  
Para que al mostrarse  
La apacible aurora,  
Sembrada de perlas  
Tuviese su alfombra.  
Con voz argentina  
De vívidas notas  
À misa tocaba  
Campana animosa.  
Dejaba su lecho  
La gente devota,  
Y andando de prisa

Vestida sin pompa,  
De una santa iglesia  
Buscaba la sombra,  
Por oír el rezo  
De las pobres monjas,  
Y en el són pausado  
De aquella salmodia  
Hallaba consuelo  
Para sus congojas.  
En el coro bajo,  
Velada de tocas,  
En meditaciones  
Esperaba absorta  
Teresa con ansia  
La Sagrada Forma:  
Como espera el agua  
Campo que se agosta.  
Levantó los ojos  
Donde penas brotan,  
Pues derraman lágrimas  
Que su amor pregonan;  
Y en el Relicario,  
En vez de la Hostia,  
Las alas batiendo  
Miró una paloma.  
Era blanca, blanca,  
Más que son las olas

Cuando se adormecen  
En las patrias costas.  
Y al mover las plumas  
Con vehemencias locas,  
Formaba un ruido  
Como un són de gloria.  
Guiaba sus ímpetus  
Con ansia amorosa  
Á la Santa Madre  
Turbada y atónita,  
Que dentro del pecho  
Sentía las ondas  
Del volcán de amores  
Que sus ansias forja.  
Cogió el sacerdote  
La Sagrada Forma,  
Y bajó las alas  
La paloma pronta.  
Alzóla cumpliendo  
Con la ceremonia;  
Se acercó Teresa  
Toda temblorosa,  
De amor y respeto;  
Y al tomar la Hostia,  
Cual copo de nieve,  
Tomó la Paloma.

---



XXIV

CAMINO DE BURGOS

AMINO de Burgos van  
Bien mojadas y maltrechas  
Las Descalzas Carmelitas  
Y enferma Santa Teresa.  
Helólas el viento frío  
Que descende de la sierra,  
Y no encontraron senderos,  
Que borró la nieve espesa.  
Asaltóles el peligro  
En las empinadas cuestas,  
Guarnecidas de barrancos  
Y erizadas de maleza.  
Y por milagro salieron,  
Ejes rechinando y ruedas,  
Los carros de aquel paraje

Con las monjas medio muertas.  
Y al doblar la ansiada cumbre  
Vieron la extendida vega  
Hecha lago pantanoso  
Por la nieve ya deshecha.  
Como el pueblo de Israel,  
Del mar Rojo en la ribera,  
De los egipcios seguido,  
Paróse con planta incierta;  
Tal la triste caravana  
Perseguida de la recia  
Lluvia que ya se avecina,  
Paróse ante el lago yerta.  
Mas Dios que á los malos hiere  
Y al justo, cual oro prueba  
Entre luchas y peligros,  
Que es el crisol de las penas,  
No quiso entonces abrir  
Por el agua enjuta senda,  
Dejando crecer el riesgo  
Y llegar la lluvia espesa.  
Unos estrechos pontones  
Que el agua creciente anega  
Y que al ímpetu del río,  
Que los acomete, tiemblan,  
Dan paso á la caravana,  
Ó más bien entrada cierta

Á la negra eternidad  
Que en el fondo las espera.  
Apeáronse las monjas  
De los carros todo trémulas;  
Y acosadas del peligro  
Y con la rodilla en tierra,  
Piden auxilio á la Santa  
Y piadosas se confiesan  
Con el buen padre Gracián,  
Que el riesgo parte con ellas.  
Y viéndolas aún dudosas  
La invicta Santa Teresa  
Ante el peligro que crece,  
Según crece la tormenta;  
Con los ojos animosos  
Y el rostro como la cera,  
Temblorosa por la fiebre  
Que la consume y aprieta,  
Dijo con valientes voces:  
— Mis queridas hijas, ¡ea!  
Dios lo quiere, vamos prontas  
Y muramos en la empresa;  
Que si por su amor morimos  
¿Qué más regalo y presea  
Esperamos del Esposo,  
Que nos dé la palma eterna?  
Déjenme, pues; ¡paso!, hijas,

Que quiero ser la primera;  
Y si me ahogare, les ruego  
Que no pasen y estén quedas.—  
Y en diciendo, con su carro  
Rompió capitana intrépida  
Por aquel mundo de agua  
Que la ciñe y la rodea;  
Y cuando las ondas turbias  
Furiosas al carro llegan  
Y lo asaltan y lo arrastran  
Cual leonas á la oveja;  
Allá en lo interior del pecho  
La voz del Señor resuena  
Diciéndole: — *Voy aquí,*  
*No temas, hija, no temas;*  
Y seguida de sus monjas  
Y en salvo de la tormenta,  
Llegó á Burgos quebrantada,  
Cuando ya la noche cierra.

---



XXV

## EL VIÁTICO

**V**ÍSPERA de San Francisco,  
Á las cinco de la tarde,  
Cuando el sol va tramontando  
Y cual globo hermoso cae;  
La Madre Santa Teresa  
Sintió de muerte señales  
Y el sacrosanto Viático  
Pidió que la administrasen.  
Sus monjas todo llorosas,  
Contemplándola en tal trance,  
Cercan el lecho de muerte  
Mudas con dolor tan grande.  
Santos y dulces consejos  
De sus secos labios salen,  
Que en el pecho de sus hijas

Como fresca lluvia caen.  
Son las últimas palabras  
De tan amorosa madre,  
Y penetran en su pecho  
Y llagas de amor les abren.  
Llagas que toda la vida  
Manarán en vez de sangre  
Su recuerdo cariñoso  
Y consejos saludables.  
En esto vibró argentina  
Con sonido penetrante  
La campanilla anunciando  
Que ya al Viático traen.  
Y mientras las religiosas  
En gemidos se deshacen,  
Embargadas por la pena  
De que tal vida se acabe,  
Enderezóse la enferma,  
Antes inmóvil cadáver,  
Y púsose de rodillas  
Sin que sus fuerzas desmayen.  
Y aun saltara al frío suelo  
Si no hubiera quien la ataje;  
Que tanto puede el amor  
Cuando está cerca el amante.  
Tornóse el rostro encendido,  
Y tanto fuego la invade,

Que la vistió con sus llamas  
Con la hermosura del ángel.  
Y en viendo la blanca Hostia  
Levantada por el aire,  
Con santas voces de cielo  
Daba de su amor señales:  
—Esposo y Señor del alma,  
Que vienes á visitarme,  
Ya llegó la ansiada hora  
En que abandone esta cárcel.  
Ya es tiempo que nos veamos  
Y que sin velos te hable.  
Ya es hora de caminar  
Al reino de las verdades,  
Donde es verdad el amor,  
Que ni se mengua, ni parte,  
Ni se esconde, ni da celos,  
Sino que es un sol constante.  
Ya siento cómo se rompen  
Los vínculos de la carne  
Y que las alas del alma  
Temblando de amor se abren.  
Hora es que deje la sombras  
Del destierro miserable,  
Y que me enjугue las lágrimas  
Propias de este oscuro valle;  
Y vaya á Ti, dulce Dueño,

Esta palomica amante  
Á que sus tristes arrullos  
Con tu eternidad le pagues.—  
Esto decía la Santa  
Y eran líquidos cristales  
Los ojos de los que oían  
Aquel cántico entrañable.  
Y porque más no pudieron,  
Sin fenecer, aguantarle,  
Suplicóle el sacerdote  
Que por amor de Dios calle.  
Y en un deliquio amoroso,  
Que de sus entrañas parte,  
Recibió la santa Hostia,  
Que en nuevo amor la deshace.

---



## XXVI

### MUERTE DE LA SANTA

**L**A que á nadie non perdona  
Á herir á Teresa vino,  
La negra noche escogiendo,  
En que se oculte su filo.  
Mas tanta lumbre de arriba  
Sorprendióla en el designio,  
Tantos ángeles armados  
De espada de ardiente brillo,  
Tantas arpas sonoras  
De un dulce arrullar contino,  
Tantos santos que despliegan  
Sus celestes atavíos;  
Que avergonzada y corrida  
Se olvidó de hacer su oficio,  
Y ocultando su guadaña,

Quedó sólo de testigo.  
Cataratas de alma lumbre  
Se derrumban de improviso  
Sobre el lecho en que la Santa  
Da su postrimer suspiro,  
Y llenan la estrecha celda  
De luz que halaga el sentido,  
Cual si á las playas del cielo  
Hiciera el alma el arribo.  
Con galas de desposado  
Entre suavísimos nimbos  
Y auroras mansas de gloria,  
La aguardaba Jesucristo.  
Y con voces que enmudecen  
Los cantares peregrinos  
De las arpas celestiales,  
Exhalando amor, le dijo:  
— Ven, esposa, que ya es hora;  
Deja, paloma, tu nido;  
Ya pasaron los rigores  
Del áspero invierno frío,  
Y en los campos de mi cielo  
Florece los blancos lirios.  
La tórtola nemorosa  
Del árbol canta al abrigo;  
Ya se pasó la tormenta  
Y el cielo aparece limpio;

Ya es hora que te regale;  
Tu premio seré yo mismo.—  
Dijo Dios, y á las palabras  
De tan dulce poderío,  
El corazón de Teresa  
Dábale en el pecho brincos.  
De confesores y vírgenes  
Noble capitán invicto,  
Seguido de su mesnadas  
Su padre San José vino.  
Y á su presencia la Muerte  
Como un vapor se deshizo,  
Oyéndose de sus alas  
El resonar fugitivo.  
Y entonces se alzó en los claustros  
Acompasado ruido,  
De gente que se acercaba  
Cantando celestes himnos,  
É invadió la estrecha celda  
Con la Virgen por caudillo,  
La hueste de santos mártires  
Con rica veste de armiño,  
Y levantando en los aires,  
Como trofeos altivos,  
Rubias palmas cimbradoras  
De rumoroso sonido.  
Abrió Teresa los ojos

Llenos de santos delirios,  
Y en viendo á Jesús presente  
Y en ella los ojos fijos;  
Como el rojo Mongibelo  
Muge en sus hondos abismos  
Antes de arrojar la llama,  
Dió Teresa tres suspiros;  
Y roto el cráter del pecho,  
Por su inmenso amor divino,  
El alma, blanca paloma,  
Voló á los brazos de Cristo.  
Resonaron por los aires  
Dulces, victoriosos gritos,  
Mientras sus hijas lloraban,  
Hechos sus ojos dos ríos;  
Llenóse el viento de aromas,  
Y de cantares suavísimos,  
Mientras las monjas gimiendo  
Formaban su panegírico;  
Florecieron los rosales,  
Gimió el Tormes cristalino,  
Y las estrellas inquietas  
Dieron misteriosos giros.  
Y de las hermosas manos  
Y del rostro adormecido  
De la Santa castellana,  
Que fué templo de Dios vivo,

Salieron claros raudales  
De milagrosos prodigios,  
Cantando misericordias  
De aquel amor infinito.

---





## XXVII

### APARICIÓN Á SAN JOSÉ DE CALASANZ

**P**OSTRADO está en pobre lecho  
Un anciano venerable,  
Que con angustias de muerte  
Libra el último combate.  
La barba, como la plata,  
Sobre el tosco embozo cae,  
Y la mirada amorosa  
Eleva á Dios en tal trance.  
No tienen miedo sus ojos,  
Ni está medroso el semblante;  
Que es un sol que va al ocaso  
En una risueña tarde.  
Y en una tarde terrestre,

Cuando el sol descende y cae,  
Y al tramontar manda al suelo  
Los rayos crepusculares,  
Está luchando el anciano  
Esperando á que se apague  
Aquella luz moribunda,  
Para emprender el viaje.  
Pero el rayo postrimero,  
Rojo, intenso, titilante,  
Tornósele luz del alba  
Que la celda estrecha invade.  
Y una mujer se aparece,  
De rostro como de arcángel,  
Envuelta en auras de vida,  
Que mueven tocas flotantes.  
Miróla el anciano augusto,  
Sin dar de espanto señales,  
Y le dijo, batallando  
Con recuerdos inefables:  
—¿Quién eres?

—Una española.

—De mi España....., ¿qué me traes?

—Bendiciones de la tierra

Que por los niños dejaste.

—Bendígame Dios.

—Bendito

Estás del Eterno Padre.

—Dulce..... es morir..... recordando  
Aquellos..... sagrados..... lares,  
Fuente..... clara..... del..... amor  
De Dios..... y su santa..... Madre.  
— Pues soy de Ella embajadora.  
—¿De España?..... Dios me la guarde.  
— No; de la Reina del cielo,  
Que llevas en tu estandarte;  
Por quien á Roma viniste,  
Sin temer las tempestades  
De la mar ancha y sañuda  
Y las del mundo inconstante;  
De la Madre de Dios vivo,  
Que en las batallas te vale,  
Cuando á los niños amparas,  
Temor de Dios inculcándoles;  
Por quien vistas al desnudo  
Y enseñas al ignorante,  
Y alientas al perezoso,  
Y las envidias deshaces,  
Y las lujurias conviertes  
En santas honestidades.  
—¿Luego..... no vienes..... de España?  
— De más alto es mi viaje.  
— Entonces..... vienes..... del cielo,  
Pues que ya muero..... á llevarme.  
¡Oh Madre de mis amores!

Que te he de ver..... dulce Madre.

—Aun no es hora.

—Dios es justo

Y aún me prueba en este valle.

Yo padezco..... sed de gloria,

De la fuente..... ya en la margen;

Pues la luz que te rodea

Es de Dios.

—Sólo es imagen.

— Imagen que á mis sentidos

Tal embeleso le trae,

Que estoy..... volviendo á la vida

Y adurmiéndose mis males.

Mas ¿quién eres?

— Soy Teresa.

— Santa de española sangre,

Que levantaste en Castilla

Por Jesús tus baluartes,

Y á los herejes derribas

Y á los abismos abates,

Deshaciendo con tus flechas

Sus apiñadas falanjes.

La de las *siete moradas*

Y los místicos cantares:

Que por rosas plantas vírgenes,

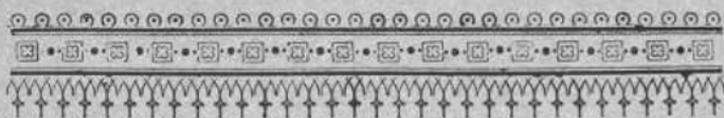
Y les das alas de ángeles.

Dame tus plumas que vuele

Donde tú te remontaste,  
Pues que sufro sed de amores  
Y allí están los manantiales.  
—¡Oh vehemencia del amor,  
Por ser humilde tan grande,  
Que juzga que no alza el vuelo  
Cuando con Dios se complace.  
Los dos venimos de arriba,  
Juntos haciendo el viaje:  
Tú volviendo del postrero  
De tus arrobos suaves,  
Y yo nuncio de venturas  
Á los míseros mortales,  
Puesto que te vuelvo al mundo,  
Para que á los hombres guardes.  
Calasanz, torna á la vida  
Y á nuevas conquistas parte,  
Que yo soy el paraninfo  
De mi Reina y de tu Madre;  
Y me envía á que difundas  
Tus aulas por todas partes,  
Donde nutras á los niños  
Con el pan de tus piedades.—  
Dijo, y volóse la Santa  
Castellana por los aires,  
Dejando estela de gloria,  
Como una celeste nave;

Mientra el noble aragonés  
Del lecho brioso sale,  
Y encomendándose al cielo,  
Se apresta á nuevos combates.

A. M. P. I.



## ÍNDICE.

---

	<u>Páginas.</u>
Á GUIA DE PRÓLOGO.....	v
Á ESPAÑA. ....	1
I..... — En busca del martirio.....	7
II..... — Las ermitas.....	13
III..... — En la muerte de su madre.....	19
IV..... — Huida.....	25
V..... — Visión del infierno.....	31
VI..... — En lontananza.....	37
VII... — En Santo Domingo de Ávila.....	43
VIII.. — Resurrección.....	49
IX.... — La Transverberación.....	53
X..... — San Francisco de Borja.....	59
XI..... — Tres Santos.....	65
XII... — San José de Ávila.....	71
XIII.. — Priora divina.....	77
XIV... — Aparición de la Virgen.....	81
XV... — El tamboril.....	85
XVI.. — Castillos del alma.....	91
XVII.. — San Juan de la Cruz.....	97
XVIII.. — Desposorios místicos.....	103
XIX... — Noche de Difuntos.....	109
XX... — En la escalera del convento.....	113

	<u>Páginas.</u>
XXI. ..— Domingo de Ramos.....	119
XXII..— Por Sierra Morena.....	125
XXIII..— La Paloma .....	131
XXIV..— Camino de Burgos.....	135
XXV...— El Viático.....	139
XXVI..— Muerte de la Santa.....	143
XXVII.— Aparición á San José de Calasanz....	149

---

*Acabóse de imprimir esta obra en  
el Establecimiento tipográfico  
«Sucesores de Rivadeney-  
ra» el día 12 de Octu-  
bre del año  
1898.*





29-

12 E

2000-



Este libro se vende al precio de 2 pesetas en rústica y 2,50 en holandesa en el Colegio de Escuelas Pías de San Fernando, Madrid, y en las principales librerías.

---

### OBRAS DEL MISMO AUTOR

*El Laúd.*—Colección de poesías; agotada la edición.

*Maliha.*—Leyenda en prosa; idem.

*El Rey Ciego.*—Leyenda en prosa; idem.

*El Balcón de la Reina.*—Leyenda en verso; idem.

*Canto al Juicio Universal;* idem.

*¡Á Cuba!*—Monólogo en verso; idem.

*Tradiciones granadinas.*—En verso; una peseta.

*Gritos de victoria ó Triunfos de la Religión y de la Patria.*—En verso; 1,50 pesetas.

*Discursos:* 1.º Sobre Cervantes.—2.º Sobre el Romancero Español.

*Sermones:* 1.º, 2.º y 3.º Sobre la Reconquista de Granada.—4.º Panegírico de San José de Calasanz.—5.º Panegírico de la Virgen de las Escuelas Pías.—6.º Panegírico del nuevo Beato mártir dominico Francisco Serrano.—7.º Panegírico de Nuestra Señora de las Angustias, patrona de Granada.—Y 8.º Panegírico de Nuestra Señora del Rosario, patrona de Cádiz.

G 24431

~~BRIMMINGE MUSE~~

~~SHANTIA IED~~

~~SHANTIA~~

~~TRONFOAMDF~~

~~IF OIIO~~

~~ULC~~

~~ULC~~

~~ULC~~